

## ESTUDIOS HISTORICOS.



INÉS DE CASTRO IMPLORANDO LA CLEMENCIA DE DON ALFONSO.

## DOÑA INÉS DE CASTRO.

Esta célebre señora, lo fué no menos por su extraordinaria hermosura que por su desgracia; escritores poco indulgentes, ó muy dados al afán de hallar defectos donde superan las virtudes, han pretendido, (y me abstengo de calificar de buena ó mala su intencion) oscurecer las bellas acciones de esta desgraciada princesa, á la sombra de una pasión no concebida á tiempo, cosa disculpable, puesto que sabemos que no siempre nos podemos lisongear de haber contado con el dominio de nuestro corazon. La simple narracion de esta historia será suficiente á justificar nuestro anterior aserto, pues que de suyo irá demostrándonos la injusta parcialidad de algunos de sus antiguos biógrafos, la mayor parte extranjeros; del número de estos debemos esceptuar á uno que mas propicio á la indulgencia se contenta con decir:

23 de junio de 1848.

O caso triste e digno da memoria  
Que do sepulchro os homens desenterra  
Aconteceu da misera e mesquinha,  
Que, depois de ser morta, foi rainha

De este modo se espresa Camoens en su inmortal poema al empezar á hablar acerca de los sucesos de don Pedro I de Portugal, de quien segun parece fué muy decidido panegirista. Pero abreviemos esta especie de relato epilodal y pasemos á decir que doña Inés de Castro era hija natural de don Pedro Fernandez de Castro, descendiente de una ilustre familia de Castilla, y después dama de honor de la princesa doña Constanza, esposa de don Pedro, primogénito de Alfonso IV de Portugal. Dotada de un carácter amable, y acostumbrada á una rigidez suma en sus costumbres altamente morales, se grangeó el afecto de doña Constanza, que vió en su jóven dama de honor las mismas virtudes de que tampoco aquella carecia, y como las almas que sienten de un mismo modo se unen á poco trabajo, no es extraño que doña Inés fuese la perpétua y fiel amiga de la esposa del primogénito don Pedro.

TOMO VI. 16



Un suceso fatal vino de pronto á romper el lazo de estos dos corazones tan estrechamente unidos; la muerte puso término á los dias de doña Constanza, que pasó al sepulcro en lo mas bello y lozano de su edad, y cuando el pueblo portugués cifraba su futura felicidad en la influencia de aquella princesa que aguardaba ver muy pronto dividiendo el trono con su esposo don Pedro, heredero de la corona de Alfonso. Si grande fué el sentimiento de los portugueses, mayor lo fué todavía el de doña Inés, que esperiméntó el mas violento dolor al ver desaparecer de su lado para siempre, á la virtuosa señora á quien tan gustosamente habia servido y con quien habia compartido las dichas y desplaceres.

La desgracia, constante centinela de aquel que escoge para su victima, vigiló sin descanso los dias de esta infortunada jóven, si bien la presentó primero con falsos halagos un porvenir venturoso, que solo tuvo de realidad lo funesto de su conclusion. Con efecto, don Pedro que en vida de su esposa observó muy despacio las singulares dotes que distinguian á doña Inés, quiso verificar de prisa lo que mas detenidamente debiera haber pensado, evitando de este modo las horribles consecuencias que traen consigo naturalmente aquellos altos negocios de la vida privada de los principes, que si de fácil entrada, suelen tener por lo comun muy escabrosa y llena de obstáculos la salida. Don Pedro se habia enamorado de doña Inés; una sonrisa que casi nunca estaba de acuerdo con el carácter adusto de don Pedro, y un rendido acatamiento hacia la dama, fueron los primeros intérpretes de su mal reprimida pasion. Doña Inés que observó al infante y extrañó su no comun galanteria, comenzó á pensar dudando y acabó por afirmarse á sí propia que don Pedro la requeria de amores, y como el principe era de muy gallarda presencia, y tenia hermosos ojos, y era muy celebrado por su grande valentia, cuentan que no anduvo perpleja la dama en dar nuevo aliciente con su mal disimulado recato á los deseos del ilustre pretendiente. Este que no encontró motivos para vacilar en su intento, prosiguió impávido su comenzada obra y cada dia se esforzaba en adquirir un nuevo mérito que se convertia en amoroso baluarte para su temeraria conquista; pero al fin llegó un tiempo en que reveló la lengua lo que ocultaba el corazon. Don Pedro tuvo ocasion de hallarse un dia á solas con la motora de sus frecuentes desvelos, y en términos precisos aunque enérgicos la habló así:

—Señora, no es dado á mi carácter, ni á lo estremo de mi pasion, manifestar con meros signos el amor que os profeso; ya es tiempo que de palabra sepais que os adoro y que mi afecto será eterno.

Las espresiones del infante sonaron bien en los oidos de la cortesana, y aun cuando su alma aprobaba el sentir del enamorado mancebo, era necesario fingir cierto ademán de sorpresa que dicen supo la señora verificarlo bien, y así respondió:

—Muchas cosas, señor, debierais haber tenido presente, antes de hacerme tan inesperada revelacion, y ante todas lo humilde de mi linage comparado con el alto rango en que el cielo se ha servido colocaros. Presentir debierais tambien las funestas consecuencias que acarrearía mi tácita aprobacion; y ultimamente, señor, reparad que todavia estoy cñiendo el luto que originó la pérdida de vuestra amada esposa y mi señora.

Por este razonamiento puede facilmente colegirse que doña Inés era dotada de un no comun discernimiento, y que manifestando la verdad, fundaba un nuevo atractivo para el principe, quien debia admirar los sentimentales afectos de la hermosa. Don Pedro redobló sus afanes en la solicitud, y quiso probar con argumentos, que mas tenian de animados que de razonables y convincentes, no encontrar obstáculos en su apetecida union, ni ultrajar la memoria de la difunta esposa,

contrayendo, tarde ó temprano, un nuevo enlace que le dictaba su conciencia y le aconsejaba mas que nada su corazon. Insistió sin embargo doña Inés en la negativa y el infante en desvanecer, los que él llamaba escrúpulos de su dama, y esta al fin, concluyó dando al traste con su supuesto temor y prestando amorosa acogida á los proyectos del hijo de don Alfonso.

El tiempo y la frecuencia del trato aumentaron el cariño de entrambos amantes, quienes mas recatados en su mútua correspondencia, hubieran evitado las sospechas y hablillas de los cortesanos que al punto comenzaron á murmurar acerca de esta amistad, dando gratuitas aplicaciones á un simple galanteo, que hasta entonces no habia traspasado los limites de lo regular y decoroso; pero como no es facil contener lenguas acostumbradas á la exageracion y á la calumnia, se dijo, y aun se aseguró, que don Pedro galanteaba á doña Inés concediéndose permisos que la moral reprobaba. La envidia, ese constante enemigo que trastorna y enfurece á los palaciegos, anduvo tambien en esta sazón añadiendo combustibles al temible fuego de la impostura: doña Inés tenia dos hermanos, don Alvaro y don Fernando de Castro, personajes que eran mirados con particular ojeriza por los cortesanos, celosos del favor que en palacio tenian á la sombra de los amores del principe con Inés. Entre los adversarios de la desgraciada castellana existian tres muy temibles, porque se habian grangeado con el monarca el título de favoritos; y estos tres fueron los que mas resueltamente se hallaron dispuestos á destruir la posicion de doña Inés, buscando medios de que el rey supiese la supuesta flaqueza de la antigua dama de honor, y la senda tortuosa por donde el principe caminaba á su perdicion. Así que en términos muy cumplidos y elegantes, y haciendo alarde de una singular adhesion hacia la suerte venidera del trono de Portugal, escribieron á Alfonso el lamentable suceso; escrito engañoso y falaz con que iba enmascarada la envidia de los hombres que le dictaron. Esta representacion iba firmada por muy principales sugelos, entre los cuales aparecian las firmas de don Pedro Coello, don Diego Lopez Pacheco, y don Alvaro Gonzalez, los tres mas acalorados opositores á los amores del heredero del rev.

Supónese desde luego el disgusto del soberano á la contemplacion de semejante escrito, y la mala voluntad que instantáneamente concebiría hacia la pobre Inés, la sola victima en tanto enojo; convocó el monarca á sus tres favoritos á un consejo secreto donde muy menudamente se trató del asunto; dicen que la elocuencia de Coello fué la mas animada y persuasiva, quien convirtiendo en razon de estado sus mal contenidos celos, hizo á su señor un estenso razonamiento respectivamente á la pasion de los mancebos, y no solo inclinó al rey á destruirla, sino que llamó su atencion sobre los males que el reino experimentaría dejando correr las cosas á merced de un capricho amoroso, cimentando de este modo la degradacion de un trono ileso hasta entonces: no era sangre real la que corria por las venas de Inés de Castro, y no obstante, una locura del jóven infante la estaba convidando con una corona que derechamente no le pertenecia.

Don Alfonso despidió á sus consejeros y quedó vacilante sobre el partido que tomaria, y presumiendo que no era cordura emplear la reprension hacia su hijo en negocio de tal gravedad, sospechando que seria dar aliciente á la exasperacion y acrecentar descos contenidos hasta cierto punto, llamó en su auxilio al disimulo y aparentó ignorar lo que bien sabia; recursos de que echa mano las mas veces el temor encubriendo el enojo con la apariencia de la bondad.

No le fué dificil encontrar momento oportuno para hablar á don Pedro reservadamente, y como ya lo te-



nia proyectado, es fama que le trato con afectuosa cordialidad diciéndole:

—Os llamo, hijo mio, por que hace tiempo deseo saber cual es vuestro sentir hacia lo venidero. Mis años aumentan y mi existencia disminuye; la divina Providencia se ha servido haceros mi sucesor, y como la muerte por lo comun toca á la puerta de los mortales cuando menos se le espera, es mi regia voluntad antes que llegue tan funesto accidente, saber de vuestra boca lo que reservais en presente para lo futuro. El cielo arrancó de vuestros brazos á Constanza, hermosa y joven todavia; vuestra viudez no debe ser duradera, siendo preciso á toda costa fijar rectamente la sucesion.

Don Pedro, aunque no observó desabrimiento en las palabras de su padre concibió sospechas de que se queria explorar su voluntaria decision en presente, y contestó en términos ambiguos, como quien conoce la red que se le tiende; pero Alfonso no menos diestro en su pregunta que sagaz en el conocimiento de la respuesta de su hijo, siguió practicando el disimulo con que ocultaba mejor su tenaz empeño, y añadió:

—Las princesas, que voy á proponeros para vuestro enlace, son á mas de hermosas muy discretas.

Y á pesar de la repugnancia que notó en don Pedro, le mostró algunos retratos de esciaticadas damas, todas de linage de reyes.

—A ninguna quiero mirar, dijo enérgicamente el infante. Dilatad esa eleccion, que un corazon que lamenta la pérdida de Constanza, no puede dar benévola acogida á unos afectos tan estraños.

Fuéle á Alfonso imposible de todo punto refrenar por mas tiempo su indignacion, y toda la dulzura de sus anteriores palabras se convirtió en acrimonia y extraordinaria desesperacion.

—¡Impositor! exclamó enfurecido. Ese corazon, con que apareceis conmovido y sentimental, no está dispuesto á rechazar los impuros halagos de esa miserable Inés á quien indebidamente cortejais.

—¡Respetad su honor, que es puro como el sol radiante que alumbra la tierra!

—¡Alejaos de mi vista, hijo indigno de la corona de Alfonso IV!

—¡Padre, no abuseis, de vuestra doble autoridad, para vilipendiar de esa manera, al que mañana puede dignamente ceñir vuestra corona!

—¡Repito que os alejéis de mi presencia!

El infante hizo una profunda cortesía y se alejó de allí mas afectado y colérico que sumiso y resignado.

Pero don Alfonso que ya habia roto los diques á todo linage de disimulacion declaró abiertamente la guerra á la parte mas debil de tan reñida contienda, queriendo descargar todo el peso de su furia sobre la simpática Inés, que ya á la sazón habia sentido los funestos preludios de un tormentoso porvenir. La primera medida que tomó el soberano fué la de espulsarla ignominiosamente del palacio, despojándola de los titulos honrosos que obtuvo en vida de Constanza; proceder impolitico y exasperante para el apasionado principe que al punto entró en deseos de subsanar el inmerecido ultrage llevando á cabo el enlace que reservaba para momento mas oportuno.... Los amantes tuvieron la suficiente destreza para burlar la vigilancia del rey, y lo que parece mas increíble todavia, la de los envidiosos cortesanos, porque el 1.º de enero de 1344, el obispo de la Guarda les casó de secreto, previa dispensacion pontificia. Retiróse luego doña Inés á un monasterio de Coimbra, donde vivió algun tiempo apartada de todo trato mundanal, recibiendo de vez en cuando la visitada deseada de su esposo, á quien veía y cumplimentaba con aquel agrado amistoso que desaprueba la rigida ceremonia de los grandes. Al cabo de un año dejó el monasterio y

vivió con todo regalo y tranquilidad en una de las casas mas principales de Coimbra, donde el primogénito la visitaba con no poca frecuencia.

La asechanza nunca duerme, y mas cuando es instigada por la envidia mas desenfrenada. Coello tuvo medios de indagar todas las operaciones del principe, y supo con sobresalto enojoso, que se habia casado con la castellana y tenido de ella cuatro hijos, que serian en su tiempo los herederos del trono de Portugal. Coello, Lopez Pacheco y Alvaro Gonzalez, formaron de concierto el plan de que la nueva se propagase por todo el reino, dando á este enlace un sintiero colorido para el porvenir, con lo cual se proponian escitar hacia la bella cortesana el odio de los portugueses, sembrando de espinas el camino por donde mas tarde debia transitar como legitima soberana. Mas no quedaron aquí los dañosos proyectos de los burlados cortesanos, pues acudieron al rey en la demanda de una pronta reparacion; y de tal manera hablaron y tales cosas dijeron, que lograron irritar al violento y vengativo don Alfonso, ofendiendo su altivez y escitando su ira.

Enterada Inés del grande enojo del monarca, y temerosa del castigo, acompañada de sus hijos huyó, creyéndose mas asegurada, al monasterio mismo donde años antes habia vivido; pero el rey pasó á Coimbra, y sin respetar el santo lugar de su retiro, penetró en la estancia de Inés y hallóla postrada de rodillas con sus hijos y en la presencia de la imagen de Jesus crucificado. La esposa de don Pedro lanzó un grito de terror y asombro al contemplarse frente á frente de aquel severo rey, ante quien todos temblaban.

—¿A qué venis á buscarme en mi santo asilo, señor? Si es que conducen vuestros pasos insanos proyectos de venganza contra esta desventurada muger, acordaos antes que os apellidan el Justiciero, y que no debo ser condenada á ningun género de castigo, que eso seria satisfacer el inhumano antojo de los que injustamente me odian.

—¿Y has presumido, indigna vasalla, respondió Alfonso, que tus fingidos lamentos me muevan á compasion? ¿Has pensado calmar mi justa indignacion con tu hipócrita y estudiada súplica...? no.... Reconozco en ti la muger que ha querido oscurecer el claro linage de mi régia estirpe.... Para remediar un mal tan grave, no encuentro mas que una senda, y que es preciso regarla de sangre.

—Señor, señor, ¿qué me dais á entender?

—Que es menester que te encomiendes á Dios.

—¡No, no, por piedad! exclamó la afligida jóven, arrojándose á los pies del soberano.

Los niños comenzaron á llorar, la madre los abrazó llorosa, y presentándolos despues al vengativo Alfonso, proseguía:

—¡Implorad á mi vez, hijos de mis entrañas; que sean vuestras inocentes lágrimas las que destruyan los fatales designios de vuestro abuelo! ¡Cruzad vuestras manos, abrazad sus rodillas.... es vuestro abuelo, el padre de vuestro cariñoso padre!

Hay momentos en que el corazon mas empedernido cambia su natural dureza en dulzura.... Esto sucedió al enfurecido monarca; las lágrimas de sus nietos ablandaron la comun severidad de aquel hombre implacable, una vez determinado á una accion, por cruel que fuera. Mandó retirar á los sayones que traian las cadenas con que habian de cargar á la pobre Inés, y Alfonso se ausentó poco despues algo afectado de la escena, y concediendo tácitamente su perdon, á los que antes quiso sacrificar al funesto influjo de su tiránico furor. Nunca pudo apartar de su mente la tierna escena que habia presenciado, y largo tiempo anduvo vacilando y en continua lucha, ora con el deseo de reconocer á Inés públicamente por hija, ora con la idea del descrédito de su



trono... «Es una intrusa!» exclamaba á veces inclinado á la venganza. «Pobre jóven!» decia en otras ocasiones enternecido con el recuerdo de la presencia de sus nietos.

Cuando los encarnizados enemigos de la jóven tuvieron noticia de la clemencia de Alfonso, se llenaron de cólera y soberbia, pero lejos de abandonar el siniestro propósito, inventaron nuevos motivos para exaltar la ira del rey, á fin de que se arrepintiese de su benéfico proceder. El primer paso que dieron fué remitir á la esposa de don Pedro un pergamino anónimo en que iba escrito lo siguiente, y en lengua castellana para que mejor lo entendiera.

Escucha la fábula ca grita reucores,  
E no de tu triunfo blasones, mugier;  
Planir deberias los tus sinsabores  
Que aina vendrán tu gozo á romper.

Este fatal escrito renovó el abatimiento de la desconsolada esposa, pues preveía, y no sin fundamento, que se prolongaría el término de sus desventuras. Largo tiempo anduvo el príncipe solícito y estremadamente cauteloso con el propósito de inquirir y averiguar quien fuese el autor del manuscrito, pero vana diligencia; don Pedro quedó encerrado en el estrecho círculo de la sospecha, escasa garantía para dar lugar al temerario intento de su justa venganza.

Pero volvamos á los ocultos enemigos de Inés que dando libre curso al mas infundado despecho maquinaban una odiosa trama con que pensaban salir airosos de su funesta empresa.

Es el caso que una mañana los mal intencionados favoritos aconsejaron al rey que pasase con ellos y una escolta de honor para recorrer la ciudad de Coimbra y revistar las fortificaciones que se habian hecho con el fin de defenderse de alguna invasion mahometana. El rey aceptó el convite, y pocas horas despues visitaba los muros y fuertes baluartes de Coimbra. Pero cuando mas descuidado estaba el monarca en su prolija observacion, cayó á sus pies de rechazo un bodoque que miró con aparente tranquilidad.

—¿Qué es esto? preguntó á sus consejeros.

—Señor, atentan contra vuestra vida, respondió Coello fingiendo el mayor espanto.

—¿Y donde estaria oculta la ballesta que acaba de hacerme este disparo?

—Señor, respondió Coello con firmeza, volved á vuestro palacio que yo os prometo averiguar el origen de este atentado.

No quiso Alfonso esponerse á la repeticion de aquel acto, sirviendo de blanco al diestro y oculto tirador, y así no titubeó en montar á caballo y en dar la vuelta á la regia morada. Algunas horas despues se anunciaron en palacio Coello y Alvaro Gonzalez que solicitaban ver al soberano: éste tuvo á bien mandar que se omitieran las ceremonias de costumbre, y recibió á sus consejeros con la mayor cordialidad, y ansioso por saber la causa de aquel imprevisto atentado.

—Habla, Coello, y tú tambien, Gonzalez. ¿Qué habeis averiguado?

Los dos favoritos enmudecieron, y otra persona mas tranquila que el rey, y mas dada al conocimiento del corazon humano, hubiera observado que aquel continuo callar, como quien resiste revelar una grande desgracia, era no mas que una ficcion. Pero Alfonso se dejó llevar de su natural inquietud, y antes que estudiar en la fisonomia de sus consejeros la animosa falsedad de sus conciencias, contempló solamente y con candidez el supuesto estupor con que aparecian.

—¿Por qué os quedais imaginativos y suspensos? preguntó Alfonso. ¿Habeis cogido al traidor?

—Se ha fugado, señor, respondió Coello, pero no sin que revelara por escrito su fatal designio, y el móvil de su malograda empresa. En la torre del *Jostigoso* hemos encontrado este documento que puede revelaros el origen de la traicion.

El rey tomó el escrito que sus consejeros le presentaban, y leyó:

«Yo so de nome Bernardo Nuño, fijo de la cibdad é reino de Valencia. Otrosí, so trovador en la mi tierra é soldado en el campo. Otrosí, he trovado un tiempo tus fazañas del Salado, (1) do airosos ficistes bien á mi rey de Castilla. E como ficiste de mal á mi senora Inés de Castro, de Castilla natural, é trové deleitoso su grand fermosura, aquejéme su cuita, é poseme en esta torre por facerte de aquí un disparo de ballesta, é por entender yo mucho en esta arma. Faltóme la buena guia é fugó á Castilla el tu agresor. Voy á cantar en sonos modulados é dulces las cuitas de Inés, é en lira mal temprada tu mucha crueza é villanía.»

—¿Y esto habeis encontrado, en la torre? preguntó el rey.

—Y esta ballesta, señor, dijo Alvaro Gonzalez, mostrándola.

—¿Y nada mas habeis indagado? preguntó Alfonso enrollando el escrito y fijando la vista en sus consejeros.

—Obligacion nuestra es revelároslo todo, contestó Coello.

—Nada me ocultes... Habla.

El rey que estaba sentado, apoyó el codo sobre una mesa que á su derecha tenia, poniendo su mejilla en la palma de la mano, y Coello se espresó en estos términos:

—Por las noticias que hemos podido inquirir, este tal Bernardo Nuño es un trovador castellano, y cuentan que buen militar, pero un tanto aventurero y de mala índole. Es fama que cuando sosteniais cruda guerra con vuestro hermano Sancho, (2) el traidor de que os hago mérito, asistia á su mesa y recitaba coplas en pró de su causa; y su espiritu naturalmente intranquilo no pudiendo soportar la paz que hasta aqui ha disfrutado vuestro reino, juzgando inútiles y de poca fuerza las pretensiones de Sancho, se brindó gustoso á favorecer los criminales intentos de don Alvaro y don Fernando de Castro, hermanos de doña Inés.

—¿Pues qué intentan? preguntó el monarca encolerizado y poniéndose de pie.

—¿Podeis ignorarlo, señor?... Derribaros del trono que justamente ocupais... Y todo por instigacion de esa falsa castellana á quien con tanta indulgencia habeis perdonado.

—¿Será posible!... ¡Oh! ya es forzoso tomar una pronta resolucion. No piense ahora esa falsa muger que sus lágrimas volverán á ablandar este corazon que ha endurecido con su inicua conducta.

—¿Y qué medidas pensais adoptar? preguntó Alvaro Gonzalez.

—No hay mas que una, dijo el rey dando paseos por la habitacion... Nada mas que una... La muerte, ¿lo entendeis?

No ambicionaban otra cosa los empedernidos corazones de aquellos miseros rivales. La sentencia de muerte que el rey acababa de pronunciar, fué recibida por los

(1) Don Alfonso se halló en la memorable batalla del Salado, auxiliando dignamente al rey de Castilla, contra quien algunos años antes sostuvo una guerra, que al fin terminó felizmente, aviniéndose gustoso al concierto de la paz, que se entabló para la mútua seguridad de sus estados.

(2) Don Alfonso tenia un hermano natural llamado Sancho, quien escitó en el reino grandes turbulencias, que el rey supo calmar oportunamente.



fementidos cortesanos con júbilo infernal; aquellos semblantes contristados, al menos en la apariencia, revelaron en este momento la mas cumplida satisfaccion y el mas desusado regocijo.... La impostura, la mas atroz é inusitada calumnia, cambiaron el ánimo bondadoso del monarca, quien poco reflexivo, y con una ligereza que nunca podrán perdonarle las generaciones venideras, pronunció un fallo tan terrible como injusto á los ojos de la imparcialidad.

No nos detengamos en hacer la minuciosa relacion de los proyectos de estos viles calumniadores para llevar á cabo la horrible determinacion de Alfonso; bastenos saber que don Pedro tuvo aviso en tiempo oportuno de que pensaban asesinar á su esposa y prender á los hermanos de la misma. Estos aunque inocentes, burlaron la vigilancia de sus espías fugándose á Castilla; pero don Pedro no quiso dar crédito á lo que decian, acaso porque sus sentimientos se hallaban muy distantes de sospechar siquiera semejante infamia. Nada prueba con mas evidencia lo lejano que estaba su pensamiento de tal villanía, que la serenidad con que dispuso á la sazón una gran partida de caza, para lo cual salió de Coimbra en la madrugada del 5 de enero de 1355, acompañado de sus mas adictos servidores.

Todo se presentaba favorable al desco de los criminales, pues aprovechando esta coyuntura, Coello, Diego Lopez Pacheco y Alvaro Gonzalez, en la noche del 7 pasaron al convento de Santa Clara armados de agudos puñales y penetraron en la estancia de doña Inés.

Pacheco y Gonzalez se quedaron en la puerta, y Coello llevando en la una mano un puñal y en la otra una linterna, se fué acercando de puntillas al lecho donde la desventurada esposa de don Pedro disfrutaba del sueño mas tranquilo y reposado. Coello puso la linterna encima de una mesa colocada al lado de la cama; descorrió suavemente las blancas cortinas que cubrian el lecho; despues, aunque con temblorosa mano, (pues á veces tambien tiemblan los malvados ante el crimen) y con igual precaucion fué levantando poco á poco el embozo de la ropa de cama con que la mártir castellana cubria su albo seno. Ni el mas leve sentimiento de pudor retrajo al verdugo de la inocencia. Al contrario, clavó sus ojos centellantes y lascivos sobre aquella fisonomia que inspiraba pureza y candor; sobre aquella mata de sedosos cabellos rubios, que aunque trenzados casi cubrian su blanca y desnuda espalda; sobre aquellos hermosos ojos cerrados, que mentalmente veian el paraíso donde van á parar los mártires; sobre aquella boca levemente entreabierta para mostrar dos uniformes hileras de nevados dientes; percibió el suave y delicioso aroma que exalaba la desgraciada con su dulce y lenta respiracion.... Coello bajó la mano con que empuñaba el mortífero hieiro; pareció á primera vista que un agente superior á su intento se proponia estorbar el crimen; pero esta suspension de Coello, añade un nuevo matiz á su vileza, y se presenta aun mas odioso á nuestra contemplacion.... El traidor se atrevió á unir sus inmundos lábios con los de la bella castellana.... Satanás habia salido de la caverna donde sufren los condenados para estampar un beso tan maldito como impuro, en los sonrosados lábios de un ángel que ya residia en la celeste mansion del paraíso.

Inés despertó llena de agitacion y sobresalto; miró en torno de si con asombro y se incorporó sobre su lecho; pero al reparar en la fisonomia satánica de aquel hombre, que al punto reconoció, lanzó aterrorizada un fuerte grito y quiso arrojarle con impetu del lecho; pero Coello la estrechó violentamente contra su seno y atravesó con su puñal el corazón de su victima.... Un ¡ay! solo un ¡ay! se escuchó, pero debilitado; el ay del agonizante que da al mundo su postrimer adios, y pone un

limite horroroso á la prolongada série de los infortunios. Inés, en medio de su terrible agonía y empapando sus manos en la sangre que brotaba de su mortal herida, clavaba su vista en el cielo, como quien dirige á Dios la última súplica. Coello llamó por señas á sus secuaces y dió á entender con un gesto de horrorosa repugnancia que dieran fin á la obra funesta que él habia comenzado. Y así fué, porque Pacheco y Gonzalez cubrieron de profundas y abundantes heridas el pecho de la victima, que á los pocos instantes no era mas que un cuerpo inanimado y enrojecido con la sangre de que estaba inundado.

Los asesinos salieron de allí con el mismo sigilo y cautela que habian entrado, y algunas horas despues dieron á Alfonso la nueva fatal de que la sangrienta obra estaba ya consumada. Sin embargo, los crueles homicidas temieron la venganza del principe viudo, y huyeron á Castilla sin dilacion.

Hallábase entonces don Pedro en una magnífica hacienda de Coello, situada á una media milla de Fornos, donde descansaba de su anterior cacería viniendo ya de regreso á Coimbra. Allí recibió la nueva de su desgracia; allí supo detalladamente de la manera vil y traidora con que habian sacrificado á su querida Inés. El enfurecido principe reunió en su derredor á todos los servidores que le acompañaban y les exigió el solemne juramento de una espantosa venganza.

—¡Si, amigos míos! exclamó con el acento de la desesperacion. ¡Me han arrebatado inicualemente á la mejor de las esposas!... ¡Derribemos del trono á ese inhumano rey que ha consentido tamaño crimen!

—¡Es vuestro padre! gritó uno de la comitiva.

—¡Es mi verdugo! respondió don Pedro con voz enronquecida por el furor que le dominaba... ¡Al campo! ¡al campo! Quiero dar principio á mi horrible determinacion de venganza. ¡Esta posesion, no es de Coello? Pues bien; incendiadla inmediatamente, y hagamos lo mismo con las demas de los otros dos traidores... ¡Inés de mi corazón! ¡ya presenciáis desde tu celeste residencia del modo con que tus asesinos espiarán el tremendo crimen!

Con efecto, el vengativo don Pedro, ayudado por los hermanos de Inés, que tambien se presentaron sedientos de venganza, asoló todas las posesiones de Coello, Pacheco y Gonzalez, y pasó á Fornos, estableciendo allí el punto de reunion donde deberían acudir todos cuantos quisieran combatir en pro de su causa. Luego que adquirió gran número de prosélitos, mandó á su padre el escrito siguiente:

«El soberano que guarece y ampara á los asesinos, no merece que se le respete como á rey, ni que los leales derramen su sangre, por el que dicta que se derrame la del inocente. No es vuestro hijo quien os declara la guerra, es un esposo villanamente ultrajado, un amigo de la justicia que os pide sangre por sangre, victima por victima, y quiere arrojaros de un trono que no sois digno de poseer. Si imprudentes son mis palabras, injustos vuestros hechos; si de desacato me tachais, yo á vos de cruel; si mal hijo me llamais, yo á vos padre inhumano, y si me acusais de atrevido porque la guerra os declaro, yo diré, y todo el mundo sabe que antes que yo, clavásteis la manopla en la puerta de mi castillo en señal de reto y á guisa de combatiente. Si la reina mi madre y señora quiere huir del peligro que amenaza á vuestros estados, pase á Castilla donde están mis hijos y sus nietos, llorando la horfandad de su tierna madre, y á salvo de las sangrientas determinaciones de su coronado abuelo.—Yo, don Pedro, legitimo sucesor de Alfonso IV de Portugal.»

Alfonso leyó la carta de su hijo, y se arrepintió de su anterior conducta; maldijo á los asesinos, maldijo su ligereza, y pensó en buscar los medios de disipar el



borrascoso porvenir de su trono. Ya era tarde, porque don Pedro fué el primero en romper las hostilidades, y Alfonso se encontró precisado á levantar un ejército que se opusiera á las numerosas tropas que acaudillaba el ofendido infante. Aun cuando la guerra proseguía con tenacidad por una y otra parte, hubo no obstante un momento en que los portugueses disfrutaron de una aparente paz. Alfonso había suplicado una suspensión de armas para entrar en negociaciones con su hijo, las cuales se redujeron á meras reflexiones que el monarca hacía á su primogénito, respecto á la triste posición en que dejaba sus dominios para lo futuro, y en este concepto le rogaba la paz; pero el infante ensordeciendo al clamor paternal, contestó resueltamente que: «No se despojaría de su armadura mientras que no le fuesen entregados los asesinos de su esposa.»

Comenzó de nuevo la guerra, y la sangre volvió á correr á torrentes. Pero hubo un día en que la reina, su madre, habiendo penetrado disfrazada en el campamento de su hijo, y llegado hasta la tienda donde á la sazón dormía, se lanzó llorando á su cuello, y con lágrimas y ruegos consiguió ablandarle, pues le hizo presente, con aquel vivo interés que solo es dado expresar á las madres, el amor que debía tener á su patria, y las calamidades que aquella lucha atraía sobre los inocentes pueblos. No obstante, á pesar de la rendida y ferviente súplica de la desolada madre, manifestó don Pedro inflexible. ¿Pero qué no puede una madre, y mas una madre que llora? Don Pedro dijo que aceptaba la paz, aunque su corazón no renunciaba enteramente á la esperanza de vengarse algun día de los infames asesinos.

Su deseo no tardó mucho en cumplirse, porque en 1357 murió Alfonso IV, y don Pedro subió al trono de Portugal. Antes de espirar el difunto monarca, pidió á su hijo que le prometiese el perdón de sus ofensores: don Pedro endulzó los últimos instantes del monarca, accediendo verbalmente á su petición; pero su conciencia se hallaba muy distante de sostener lo que ofrecía.

En el acto de su coronación tuvo el singular capricho de mandar á uno de los personajes que le rodeaban, que le atara un látigo en la punta del cetro, y sus actos posteriores son una prueba de lo que quiso significar con tan extraordinario emblema.

Sus primeros actos como rey tuvieron por objeto haber á las manos los verdugos de su esposa. Por una extraña coincidencia, don Pedro de Castilla, apellidado *el Cruel*, sostenía guerra con el rey de Aragón, y el soberano de Portugal ofreció su apoyo al castellano con la condición de que le entregara los tres asesinos que residían en sus dominios. Pacheco, avisado por un mensajero, tuvo tiempo de refugiarse en Francia, donde al poco tiempo murió; pero Coello y Gonzalez fueron entregados al nuevo rey. Grande fué sin duda el crimen que cometieron, pero espantoso fué también el modo con que le espionaron.

Llegados á Portugal fueron juzgados brevemente y condenados á la última pena, mas el suplicio ordinario

que se imponía entonces á los asesinos, no era bastante para satisfacer cumplidamente la ardiente sed de venganza del joven rey: él mismo indicó la manera de que habían de ser ajusticiados. Cuentan que el rey concertó con el verdugo el castigo que debía imponerse á los reos.

—La muerte de esos malvados, dijo, será lenta y acompañada de cruelísimos tormentos. Quiero que el patíbulo se coloque enfrente del balcón principal de mi palacio, pues es mi gusto saborear con horrible complacencia los funerarios preparativos de la ejecución. Después de atormentados en el potro, es mi voluntad que á Coello, se le saque el corazón por la espalda y á Gonzalez por el pecho. Sus cadáveres serán quemados después, y sus cenizas arrojadas al viento.... Y aun de este modo creo que no está bien satisfecha mi venganza.

Ejecutose la sentencia conforme la dictó el monarca, y ya vengado, pensó que el siguiente deber suyo era honrar la memoria de su querida Inés. Para esto convocó las cortes del reino en Castanhedo, y declaró solemnemente su matrimonio en presencia del nuncio apostólico. Declaró que los hijos que había tenido de este matrimonio eran sucesores á su corona. Ordenó en seguida la exhumación del cuerpo de la infeliz princesa, que colocó en un trono adornada con todas las insignias reales, y obligó á los grandes del reino que la saludasen como á legítima soberana. Concluido este extraordinario ceremonial se trasladó el cadáver de la reina al monasterio de Alcobaza, donde se habían erigido dos magníficos mausoleos de mármol blanco, uno destinado á Inés, y otro reservado para él mismo. Dicen, (esto parece un tanto exagerado), que el camino de Coimbra á Alcobaza, que tiene de largo diez y siete leguas, estaba cubierto de personas con hachas encendidas. Don Pedro no cesó de verter abundantes lágrimas por el funesto fin de su esposa, hasta el día en que la muerte le reunió con ella, que fué el 18 de enero de 1367, y cuando contaba 48 años de edad.

Camões en su ya citado poema, dice de este rey:

Este castigador foi rigoroso,  
De latrocínios, mortes e adulterios.  
Fazer nos maos cruezas, fero é iroso,  
Eran os seus mais certos refrigerios.  
As cidades guar dando, josticoso,  
De todos os soberbos vituperios,  
Mais ladroes castigando á morte deo  
Que ó vagabundo Alcides ou Theseo.

La historia de don Pedro, escrita por Fernando Lopez, se ha publicado con adiciones por José Pereira Bayam, presbítero de Lisboa, con el título de *Crónica del rey don Pedro I, deste nome, cognominado o Justiceiro*. El trágico fin de esta desgraciada princesa, ha suministrado argumento á los poetas de casi todas las naciones para componer dramas y tragedias.

I. A. BERMEJO.





## ESPAÑA CABALLERESCA.

BERNANDO VI T FARINELLI.

1747.

Toda historia tiene algo de novela.  
Toda novela tiene algo de historia

### IV.

**E**l rey Fernando despues de haberse manifestado á su pueblo, que con sus aclamaciones ardientes le habia hecho salir de su letargo, volvió á recaer en su habitual melancolia. Solo los acentos melodiosos de Farinelli eran poderosos á aliviar su profunda tristeza, y hacer revelar en su pecho la sensibilidad que parecia casi estinguida. Entonces solo sus ojos vertian lágrimas sobre sus palidas y descajadas mejillas y aliviaban la opresion de su corazon. Otras veces tocaba con su dedo su arrugada frente donde el dolor habia marchitado la frescura de la juventud, y reia de una manera espantosa como rien los insensatos. Farinelli solo velaba sobre el augusto enfermo que rehusaba obstinadamente ver á nadie. Asi tenia el rey en su cantor un servidor, un amigo nuevo. Pasaba sus dias el rey sepultado en un ancho sillón, y cuando no se hallaba presente Farinelli, nada turbaba el silencio del régio aposento mas que el monótono ruido de las horas y los acompasados pasos de los centinelas que se relevaban á iguales intervalos en los cuartos inmediatos al del rey. La órden que habia dado el mismo rey de no dejar penetrar á nadie, era rigidamente observada, porque la presencia de cualquiera le indignaba, y le fatigaba extraordinariamente el mas leve ruido. Asi se hallaba en una profunda soledad que algunas veces al pensar en ella le estremecia, y desperataba en él un eterno fastidio; empero esto no era mas que un ligero relámpago que se apagaba casi inmediatamente. Los dias para el infeliz monarca eran siempre iguales, sombríos ó brillantes, pasaban sin recuerdo, sin esperanza. El dia siguiente se pasaba en igual soledad que el de la vispera, siempre el mismo silencio, el mismo fastidio, la misma tristeza. En este aletargamiento del cuerpo y del alma, su vida se gastaba lenta y pausadamente como el agua estancada que cada dia se disminuía y que la tierra absorbe gota á gota insensiblemente.

Farinelli con sus divinos acentos, emprendió hacer revivir aquella alma casi apagada; hizo que el monarca tomase gusto en su conversacion, y descubrió con poca sorpresa que aquel cantor admirable era uno de los hombres mas instruidos de Europa. Poseia todos los idiomas, y la riqueza y vivacidad de su imaginacion igualaban á la profundidad y solidez de su juicio. Con la mayor rapidez abrazaba, desarrollaba y resolvía en un instante las cuestiones mas difíciles del gobierno y la administracion. Tenia todas las cualidades que podian constituir un gran ministro. Era el amigo, el salvador del rey; insensiblemente fué su consejero.

Fernando VI habia conseguido un notable alivio en su funesta enfermedad. Ya su cuarto no se hallaba como antes

cerrado para todos, oia á algunos, comenzaba á ocuparse de los negocios del estado, empero sus resoluciones llevaban el sello de otra voluntad, y los cortesanos y los ministros llevaban á mal esta influencia, y trataron de evitarla á toda costa. Veian que las tendencias del rey comenzaban á seguir distinto rumbo del que convenia á sus intereses, se alarmaron, y redoblaron sus intrigas, espionaron los momentos de debilidad tan frecuentes en Fernando, y procuraron apartarle de Farinelli, porque temian que consolidase el su poder reconciliando al rey con la reina. Fernando amaba con todo su corazon á Farinelli, hallaba el mayor encanto en su conversacion, su melancolia se disipaba con sus divinos acentos; pero los reyes se ven forzados casi siempre á sacrificar las afecciones mas caras de su corazon, á ceder á la importunidad de los que los rodean, á separar sus mejores amigos.

Los ministros, los prelados, la inquisicion entera, conspiraron contra Farinelli, y el rey tuvo que ceder en parte. Farinelli no veia ya con tanta frecuencia al rey; los accesos de melancolia de éste volvieron á reproducirse, y volvió á tratarse del proyecto de abdicacion. Los partidarios del infante don Felipe cobraron vigor, y desmayaron los amigos de la reina. El rey sin embargo, cuantas veces podia iba á la habitacion de Farinelli, que se hallaba muy próxima á la suya, porque no habia querido nunca acceder á que saliese de palacio. Triste condicion la de un rey tan poderoso, tener que ver á un amigo casi de oculto, y evitando la vista de sus mismos subditos!

Farinelli se hallaba solo en su aposento meditando en los medios de poder destruir las tenebrosas intrigas que por poderosos medios, habian llegado á dominar el espíritu débil de un rey enfermo, y que tal vez iban á lograr su triunfo cambiando la suerte de la monarquia española.

—Hace un mes, exclamaba con el mas sentido acento, creia yo otra cosa. Tenia fé en mi mismo, esperanza en mi valor; hoy alejado del rey comienzo á titubear. Desde el dia memorable para siempre en que forzando al rey á presentarse al balcón á la vista del pueblo dispuesto á derribarlo todo, y hacer pedazos á los que hoy son mis encarnizados enemigos, dia en que salvé la monarquia con una cancion, mi crédito, mi favor parecia asegurado, incontrastable. Me han alejado del lado del rey... en esta misma estancia... donde aun viene á verme alguna vez como escapando á la vigilancia de su servidumbre, verdaderos carceleros; pero tambien evitan estas entrevistas, y me harán salir de aqui... La inquisicion se ha alarmado del favor que me dispensaba el monarca... han recurrido al arma mas fatal, á la mas segura en un alma debil, en un cuerpo enfermo: han asustado su conciencia. Los frailes levantan erguida su cabeza y todo me hace presumir una próxima desgracia. Facilmente me consolaria de ella, porque no soy ambicioso; el mundo entero es mi patria; mi voz me proporciona medios de subsistencia en cualquier parte, en el último rincón del mundo. Pero y la reina! la reina quedaria espuesta á la intriga de sus enemigos. Ah! por qué la he conocido! Si, yo debia haber vegetado en paz, quedar y vivir oscuro, unido como el árbol á su raiz, en el suelo que me vió nacer y no haber deseado ver otros paises. Por qué he buscado otros pla-



ceres que el reposo de la familia, las oraciones de la noche en la casa paternal. Bárbara! Bárbara! no me acuses de haberte amado, de haber fijado mis ojos en ti; antes de haberte visto mis ojos estaban cerrados para la belleza, como los del ciego á la luz! No turbaré yo, reina angelical, tu vida, nunca leerás en mi alma el amor que me devora. Mi adoracion, mi fanatismo te parecerán siempre solo la leal adhesion de un servidor cualquiera; mis esfuerzos, los esfuerzos de los que continuamente juran todos los días morir y sacrificarse por los reyes. Desde la noche en que una reina poderosa se apoyó en el brazo de un cantor pobre, desconocido y extranjero, el destino unió mi suerte á ti, mi vida te pertenece; y silencioso, resignado, estaba dispuesto á inmolarse por María Bárbara, sin que esta oyese jamás de sus labios la palabra amor!

Farinelli habia concebido en un principio la esperanza de poder devolver á la reina el cariño de su esposo, y con él el poder y la influencia que en el corazon de Fernando le disputaban miserables intrigantes; pero Farinelli mismo, victima de esas intrigas, veia alejarse de él poco á poco al monarca, y la carrera que se habia propuesto osada y noblemente recorrer, se iba estrechando á su vista, distinguiéndose ya apenas el lugar donde la vispera habia sentado su firme planta. La tempestad habia obstruido el camino que habia logrado abrirse su talento. Iba el rey tal vez cediendo á pérdidas insinuaciones, al fastidio inseparable de su hipocondria, á abdicar la corona. Iban á quedar á merced de sus implacables enemigos, la reina Bárbara, y él por haberse declarado su paladin y caballero.

Así pasaban los días de Farinelli. Para disuadir al rey, que queria muchas veces llamarle á su cámara ó ir él mismo al aposento de su cantor, le decian los

cortesanos que se hallaba muy ocupado en componer una ópera, y para hacer que el rey no distrajerse al sublime maestro de sus trabajos, ponderaban perfidamente esta obra realzando su mérito y escitando así mas los deseos del rey. En efecto, Farinelli habia recibido el encargo de componer una ópera que debia cantarse cuando Fernando VI se hallase del todo restablecido; frívolo y especioso pretexto con que se trató de tener ocupado á Farinelli, impidiendo así sus visitas al rey.

Farinelli entregado á sus inspiraciones, consagraba todo el tiempo que le dejaba libre el cuidado de velar por la reina, á la composicion de su obra. Tal vez un secreto presentimiento le inspiraba que á aquella ópera debería el ver realizada su gigantesca empresa de reconciliar á la reina con el rey, confundir sus enemigos y salvar la monarquia. Y por qué no? No la habia salvado ya antes con una cancion?

A pretexto de estar continuamente ocupado en la composicion de su ópera, Farinelli retirado en su cuarto se habia obstinadamente negado á recibir á nadie. Los primeros días llegaron á su puerta los mas altos empleados de palacio, los grandes y cuantos están siempre espiando el lado por donde sopla el viento del favor del monarca, para prosternarse ante el favorito y obtener por su medio un átomo de favor. La puerta del favorito permaneció cerrada. Cuando salió la primera vez despues, rodeáronle afanosos, y viéndole triste, pálido y desencajado su semblante, auguraron que habia perdido el favor. Cuando pasaron días y días y no le vieron entrar en la cámara del rey se confirmaron en que el rey lo habia olvidado. Nadie llamó á la puerta de Farinelli. El sublime cantor pudo trabajar sin que nadie le incomodase en la composicion de su ópera. Los par-



VISTA EXTERIOR DEL MONASTERIO DE LAS SALESAS VIEJAS.

tidarios del infante don Felipe no hallaban al parecer obstáculo alguno para sus planes. Contábanse entre los principales el médico de cámara, algunos grandes y la inquisicion que tenia muchos y poderosos parciales.

La reina Maria Bárbara misma parecia aburrida haber abandonado el campo á sus contrarios, pues á pretexto de rogar á Dios por la salud de su esposo, hacia veinte días que se habia retirado al monasterio de monjas de la Visitacion, cuya suntuosa fábrica era debida á su piadosa munificencia. Allí abstraída de los ne-

gocios del mundo, buscaba un asilo tal vez contra sus enemigos, dueños del ánimo del rey, y rogaba fervorosamente á Dios le devolviese la salud y con ella la energia del alma y su antiguo cariño.

V.

Era una tarde de setiembre, declinaba el sol, comenzaban á estenderse las sombras, y las campanas del monasterio de la Visitacion habian marcado ya por la



tercera vez en aquel día la hora en que el Ángel había anunciado á María la redención del género humano. Solitaria se hallaba la plaza que precede al magnífico monasterio. Un hombre embozado en una capa atravesó la hermosa verja de hierro del suntuoso átrio, y entró en el monasterio. La portera despues de las formalidades acostumbradas en semejantes casos, hizo llamar á la superiora.

—¿Qué quereis, hijo mio, dijo esta, á estas horas en que ya vá á cerrarse el monasterio, pues acaban de tocar las oraciones?

—Desearia hablar á S. M.

—S. M. no ha querido recibir á nadie desde que ha venido á esta santa casa á orar por la salud del rey, á quien dicen se le aproxima la hora de la muerte. La reina sigue con religioso fervor las prácticas de la comunidad, jamás religiosa alguna ha mostrado en su penitencia y en el cumplimiento de sus santos deberes y votos, mas raro fervor, mas admirable constancia. Buena y afable con todas esta gran reina, cuyo nombre bastará á hacer inmortal el haber alzado á Dios este magnífico templo, se halla muy afligida. ¡Hijo mio! donde no alcanzan las miserias de la vida humana, alcanzan los pesares, que lo mismo escalan la humilde choza del pobre, que los palacios de los reyes....

Trazas llevaba de disertar largamente sobre la instabilidad y vanidad de las cosas humanas la buena superiora del monasterio, sino se hubiera visto interrumpida por el jóven que instó nuevamente por ver á la reina.

—Imposible, hijo mio, le contestó la superiora. Os he dicho que la reina sigue las prácticas de la santa comunidad, y despues de las oraciones á ninguna permite la regla dejarse ver de nadie.

—La reina depende de su voluntad, y estoy seguro de que en cuanto sepa que estoy aqui, se apresurará á recibirme, y os agradecerá como el mayor servicio el que le aviseis mi llegada.

—Venis de muy lejos, hijo mio?

—Sí, madre.

—Cómo la he de decir que os llamais?

—Mi nombre solo puedo decirlo á la reina; os repito que la hareis el servicio mas importante en avisarla; entregad á S. M. este guante, y decidla que el dueño de él pretende hablarla inmediatamente.

El aire de misterio que presentaba el jóven, lo singular de la seña con que pretendia ser este reconocido por la reina, escitaron al mas alto grado la curiosidad de la superiora, que á la curiosidad de muger, reunia la de monja, y aunque no fuese mas que por penetrar aquel arcano, resolvió avisar á la reina de tan extraordinaria visita.

Mandó aguardar al jóven.

La presencia de este en el claustro fué muy pronto conocida en toda la comunidad. Despertóse en todas las monjas la curiosidad mas ardiente que nunca, y los cuchicheos al oído y la mas animada charla, resonaron en aquellas bóvedas sagradas. Era la vez primera que á aquellas horas habia venido una persona con tanto misterio á ver á la reina. La impaciencia fué mas viva aun cuando supieron que la visita ante la que probablemente iban á abrirse las verjas del locutorio, era un jóven y gentil caballero. Al natural deseo de recoger algunos detalles sobre el objeto de esta visita, se reunió el deseo de agradar al apuesto y gallardo mancebo. Recuerdos del mundo reemplazaron súbita é impensadamente los recuerdos de modestia y discrecion. Mas de una religiosa estiró su velo, compuso su toca, descubrió la frente y separó de sus hermosos ojos la en demasia eclosa y discreta batista que los ocultaba. Las que tenían el pie lindo y pequeño, recogieron sus hábitos, en tanto que otras se aplicaban á hacer realzar la blancura de

sus hermosas manos colocándolas sobre la falda negra del hábito. Todas estas disposiciones inspiradas por la coqueteria eran bien inocentes, y el cielo es seguro no las demandaria cuenta de tan leves faltas, inseparables del corazón de la muger. La visita del jóven á aquella hora y el misterio de que se rodeaba y que habia comunicado rápidamente la superiora, era un suceso grande para el monasterio, y sus habitantes se disponian á aprovecharse de él como de una feliz distraccion que venia por algunos momentos á interrumpir la monotonía de la soledad.

Mientras las religiosas olvidadas un momento de sus celestiales ocupaciones consagraban este momento á la inocente coqueteria, el jóven que quedaba en el locutorio y que sin saberlo habia despertado aquellos deseos mundanos y hecho palpar aquellos pechos cautivos bajo el grosero sayal, y suspirar aquellos labios mudos, y asomar el carmín en megillas hundidas por la penitencia y los ayunos, el jóven se hallaba en la mayor ansiedad y aguardaba el permiso de presentarse á la reina, con la ansiedad que el miserable reo en la capilla aguarda las gestiones que se hacen para obtener su gracia la víspera de la fatal ejecucion.

Un frio terrible discurría por sus miembros, la ansiedad se pintaba en su semblante, sobre sus hermosos y rasgados ojos se leia el temor, la agonía de la incertidumbre; aquel jóven sabia que de su pronta entrevista con la reina, pendia su suerte; mas aun, la suerte de la muger que amaba, á cuyo amor habia consagrado con religioso respeto toda su existencia.

Cuan largos debieron parecerle los instantes en que tardó la superiora en volver al locutorio! Cuan pesada le pareció aquella reja de hierro que esperaba ver abrir á la órden de la reina!!

Llegó la superiora, abrióse la puerta reglar del monasterio, y el jóven con paso firme y resuelto siguió á su conductora. Al atravesar los largos claustros del monasterio, tuvo tiempo de reponerse algun tanto de su emocion. La admiración que le causaba el aspecto de aquellas pardas paredes, de aquellos sombríos pórticos, distrajeron sus reflexiones del objeto que ocupaba su imaginación. No podia cansarse de admirar contemplando la tristeza de aquella dura y siniestra morada, la constancia y virtud de las nobles doncellas que sacrificando á Dios la virginidad de sus cuerpos y el amor de su alma, se resignaban á confinar su vida bajo aquellas lúgubres bóvedas, contra las que se estrellaban el ruido, el eco del mundo, como en la arena se estrellan bramando las agitadas olas del mar. Las losas que pisaba eran frias, helaban los pies. A cada instante pies pulidos y delicados hollaban aquellas mismas losas, y el frio glacial del mármol no contrariaba sus rápidos pasos. La humedad y el frio que se sentia en las salas y los claustros, caian sobre blancas espaldas jóvenes, cuya vista hubiera estremecido á cualquiera de placer. Algunos débiles rayos del sol, como una luz perdida luchaban vanamente contra la oscuridad del inmenso claustro. Allí todo era tinieblas, duelo, silencio, todo hablabá de dolor, todo respiraba abnegación y nadie empero se quejaba! Como pájaros batidos por la tempestad que se arrojan sobre una costa árida y solitaria, así aquellas castas doncellas se habian refugiado en aquel asilo!!!

Empero las flores cierran su caliz al primer soplo de los vientos del invierno, y cuando las escarchas vienen á cubrir la tierra de nieve y de hielo, encorban su cabeza y mueren. Estas vírgenes débiles y vacilantes sufrían el horror de los elementos, los tormentos de toda especie como una saludable espíacion. Cada día en medio de esta vida tan penosa veían aparecer una arruga sobre su frente, caer una esperanza, desvanecerse una ilusión y abrirse en su pecho una nueva herida.



Sobre las losas de mármol, bajo las bóvedas de los claustros dejaban sangrientas huellas de sus dolores al pasar. Así la mansa oveja deja entre las espinas de los senderos donde va pastando algunas vedijas de su blanco vellón!

A cada momento en el fondo de los claustros se dejaban ver sombras vagas, indecisas, que se destacaban en medio de la oscuridad. Parecían inmóviles al principio, empero a medida que se aproximaban á ellas se agitaban como sombras, concluyendo con desvanecerse en la oscuridad del edificio. El joven contemplaba estas vagas y positivas apariciones que formaban las monjas que la curiosidad atraía á mirarle. Al fin, después de numerosos rodeos, la superiora alzó el picaporte de una puerta, y entró en una espaciosa celda, y el joven se halló en presencia de la reina.

El espectáculo que se ofreció á su vista le dejó parado. La celda que ocupaba aquella reina hermosa y joven, era bastante grande, amueblada sencillamente y sin lujo. Una lámpara colgada en el techo, arrojaba una luz opaca y vacilante. Había junto al sillón donde se hallaba recostada la reina, un reclinatorio de ébano sobre el que se veían varios libros piadosos, encima había un magnífico crucifijo de marfil bajo un dosel de terciopelo negro, ofreciendo la representación de su santa y dolorosa agonía. Las paredes se hallaban sin colgaduras, enteramente desnudas.

Tal era el adorno de esta celda; empero si tanta desnudez inspiraba tristeza y compasión, el objeto que mas dolorosamente hería el corazón, era la habitante de esta lúgubre estancia. A la trémula y vacilante luz de la lámpara se descubría el pálido y abatido, aunque siempre hermoso, rostro de María Bárbara.

La reina al ver al joven, exclamó con alegría.

—Farinelli!

Farinelli que era el joven que se hallaba en su presencia, se acercó adonde estaba la reina, dobló respetuosamente la rodilla y besó su mano.

La superiora iba á retirarse discretamente, empero la reina la mandó detenerse, diciendo á Farinelli:

—Podeis hablar delante de ella con toda seguridad; es una amiga mía; tengo en ella la mayor confianza, ha sufrido mucho en el mundo, y las almas que padecen se comprenden mutuamente. Qué nuevos males me hace presagiar vuestra misteriosa venida y á estas horas?

—Señora, sabed que el rey de resultas de una entrevista que ha tenido con su confesor, ha acordado con sus ministros cuatro cosas....

—Mi destierro! interrumpió con doloroso acento la reina.

—Y el mio por consiguiente, continuó Farinelli, y la celebracion de un auto de fé mañana, auto con que la inquisicion quiere dar una muestra pública de su poder, y la salida del rey al sitio de San Ildefonso hasta que se restablezca su salud.

—El advenimiento del infante don Felipe su hermano á la regencia del reino interin arrancan al rey la abdicacion! añadió con tristeza la reina.

—No os equivocais, señora. Si el rey llega á salir de Madrid, no volverá mas, y el destierro de V. M. será eterno. Oh! conozco á nuestros enemigos. Desde mi entrada en palacio he seguido la pista de la intriga, cuyo desenlace creen próximo.... Después de haber debilitado el espíritu del rey con ayunos y maceraciones.... Después de haber logrado á fuerza de calumnias alejarle de V. M. y haberse desembarazado así de su justa y legítima influencia, quieren hacerle salir de Madrid para aislado allí en uno de esos momentos tan frecuentes en él de debilidad y abatimiento, hacerle deponer la corona de las Españas.

—Qué hacer entonces, replicó la reina, si tal es su designio? Puedo resignarme á la pérdida del poder; em-

pero jamás consentiré en que me roben el corazón de mi esposo.... Fernando! le amo y me aterra el porvenir que le preparan.

—Pobre reina! exclamó vertiendo lágrimas la superiora que asistía con el mas profundo recogimiento á esta importante entrevista.

—Difícilísima es la posicion.... dijo Farinelli después de un momento de reflexion. El infante don Felipe cuenta con la inquisicion y los frailes, y los frailes dominan hoy en el populacho de Madrid!

—Ya lo veis.... vos mismo os desanimais, contestó la reina.

—Desanimarme! replicó con energia Farinelli. No por Dios! Estoy demasiado interesado para abatirme, no por mí, señora, sino por V. M. Jamás me perdonarian haber luchado solo contra ellos, y haber osado alzar mi voz en esta corte hipócrita y devota, en favor de una reina joven, tolerante, amiga de las artes. La inquisicion es muy espedita y pronta en sus juicios en este país.

—No os inspiraría Dios un medio de salvacion? dijo la superiora.

Siguióse un momento de profundo silencio. La reina estaba abatida, apoyando en sus manos su hermosa y pálida frente: la superiora alzaba sus ojos al cielo como pidiendo hiciese descender una salvadora inspiracion. Farinelli recogido en sí mismo, meditaba.

—En el estado á que han llegado las cosas, dijo después de algunos instantes de reflexion, una reconciliacion entre V. M. y el rey, haría una revolucion, produciría un cambio completo en el sistema de gobierno.

—Hace un mes, contestó tristemente la reina, que he intentado vanamente llegar hasta el rey, hablarle....

—Pues bien! exclamó con entusiasmo Farinelli, un cantor tendrá la gloria de haber salvado al rey de España.... Tened confianza, esperad en mí, señora!

—Qué quereis decir?

—Tomad y leed.

Al mismo tiempo entregó Farinelli á la reina un papel. Levantóse esta con la mayor ansiedad, acercóse á la lámpara que iluminaba débilmente su estancia, y leyó con agitada y entrecortada voz. *Mañana á las once iré á tu cuarto: procura que no haya nadie que pueda sorprendernos. Hasta hoy no he podido hallar medio de hacerlo.* Es de su puño y letra, añadió la reina. El rey irá á vuestro cuarto, pero como?

—Habrá contado con el secreto del que esté de servidumbre en su cámara mañana, qué se yo? La otra vez sin saberlo su médico, su confesor y los ministros vino á verme, y encerrado conmigo solo mas de una hora me hizo cantar sus canciones favoritas.... El momento de mañana debe ser decisivo.... Es menester, señora, que mañana esté V. M. antes que el rey en mi cuarto.

—Cómo es posible, Farinelli? Qué diría el rey? Y mis enemigos que tanto me han calumniado?

—Es menester, señora, que mañana esté V. M. antes que el rey en mi cuarto, repitió con mucha decision y firmeza Farinelli.

—Pero que direis al rey? preguntó turbada María Bárbara.

—Lo sé yo mismo acaso, señora?... Lo que importa es que V. M. esté en mi cuarto antes que el rey; que nadie se aperciba de que V. M. ha salido de este monasterio donde vuestros enemigos os creen entregada á la desesperacion y al abatimiento; y vos, madre superiora, pues tan amiga sois de la reina, pues sabeis el secreto mas importante de su vida, ayudad con secreto á su ejecucion, y haced que vuestra comunidad ore mañana á Dios porque mis acentos penetren en el corazón del rey!

—Con la asistencia de la Santísima Trinidad, dijo



con el mas santo fervor la venerable superiora, y con la de la gloriosísima Virgen Maria obtendremos la misericordia del Señor. Hijo mio, yo te bendigo, añadió después, é invoco sobre tu frente las gracias de la Trinidad Santísima!

Sublime era la actitud de la anciana religiosa, solemnes sus palabras en aquella ocasion critica, en el silencio de la noche: por un movimiento involuntario Farinelli cayó de rodillas, y la reina se postró tambien á los pies de aquella virgen del Señor, que continuó en un tono de exaltada inspiracion:

—Que el *Padre* te inspire la virtud que constituye la fuerza del hombre y le sostiene en los trabajos! Que el *Hijo* te de constancia y resignacion para triunfar de los obstáculos de tu empresa ó sufrir resignado la adversidad! Que el *Espíritu-Santo* ilumine tu entendimiento comunicándote la ciencia, que subyuga á los hipócritas y los perversos! No abandones jamás, hijo mio, la reina á quien tan noblemente has consagrado tu corazon y tu brazo en los grandes peligros. Si la rebelion grosera y sangrienta destrozase la púrpura real, y arrastrase en el lodo sus pedazos, si arrancase las perlas y florones de su diadema, no la abandones jamás, hijo mio! Y si Dios no te destina á perecer á su lado defendiéndola, participa su destierro y consagra tu vida á la magestad caída!

Conmovido Farinelli, alzóse del suelo, besó la mano de la reina, y apenas pudo pronunciar estas palabras:

—Hasta mañana, señora! antes de las once! Volviéndose después á la superiora, la dijo con el mayor respeto: Me siento mas fuerte con vuestras santas palabras y celestial bendicion!

Siguió después á la superiora, recorrió los mismos claústros que antes habia pasado, y al salir del monasterio, al verse solo en la plaza, al contemplar su magnífica arquitectura en medio de las sombras de la noche, al recordar los momentos que acababa de pasar en aquel asilo de las vírgenes del Señor, esclama interiormente al retirarse al palacio, foco de tantas y violentas intrigas.

—Santas mugeres! almas embalsamadas con el perfume de todas las virtudes! dulces y palpitantes palomas! volved y tornad al Señor de quien habeis recibido la existencia, y velad sobre nosotros, tristes pecadores, que en nuestra admiracion por vuestras virtudes confundimos vuestra memoria y vuestro culto, con el culto y la memoria que debemos á los ángeles del paraíso!!!

## VI.

Farinelli se hallaba solo encerrado en su cuarto, conmovida aun su alma con la visita que acababa de hacer al monasterio de la Visitacion, y combinando los medios con que en la critica situacion en que se hallaba habia de vencer á tantos y tan poderosos enemigos.

El criado de Farinelli entró avisándole que aunque se habia negado á anunciarle la llegada del doctor Zúñiga, este forzando la consigna que tenia dada de no querer recibir á nadie, venia detras de él.

El doctor se queria cerciorar sin duda de que Farinelli se hallaba en su cuarto ocupado siempre en la composicion de su ópera; queria cerciorarse de que se hallaba descuidado é ignoraba el golpe que le aguardaba al día siguiente.

—Buenas noches, mi querido Farinelli, dijo el doctor entrando en la estancia de este.

El tono afectuoso y melifluo con que pronunció este saludo, encerraba toda la perfidia del que procura adormecer su victima para mejor inmolarse.

—Mucho he sentido, continuó, vuestra desgracia, mi pobre maestro!

—Buen doctor, contestó con ironía Farinelli, en efecto, he sabido toda la parte que habeis tomado en ella.

—Siempre chancero! siempre irónico, dijo el doctor.

—Ese es el caso, doctor, jamás he estado mas contento ni me he reído tanto como desde que no voy á la cámara de S. M. ni se me ve en la corte.

—Pues nos haceis gran falta, os echamos mucho de menos.

—Me echais de menos, contestó riendo Farinelli, imposible!

—Creedme, venia á daros una prueba de mi afecto.

Pronunció estas palabras el doctor en un tono tal, que no le quedó duda á Farinelli de que Zúñiga tramaba contra él alguna cosa; empero disimulando sus sospechas le contestó:

—Hablad, doctor, hablad....

—Sabreis, mi querido amigo, que nuestro buen rey, queriendo dar una prueba de su afecto á la religion, y de lo digno que es de llevar el dictado de Católico, á imitacion de lo que tantas veces hicieron sus piadosos predecesores, ha permitido que se celebre mañana un auto de fé.

—Lo sé, y qué? Contestó con visible desagrado Farinelli.

—Será una deliciosa ceremonia, y para que nada faltase que pudiese complacer al rey, he pensado que le agradaria mucho el oír una buena música.

—Cómo! interrumpió con asombro Farinelli. Queréis quemar con música los hereges?

—No, replicó el doctor, nada de eso, desgraciadamente esta vez no quemarán á nadie.... Se trata solamente de una pequeña flagelacion anódina.... y si esla paternal y cristiana correccion se administra con cadencia, ya sobre un aire vivo ó lento segun la medida elegida por el ejecutor... ya concebís el efecto que produciria.

Y al mismo tiempo empezó á dar algunas palmas á compas sobre la mesa de Farinelli, que disimulando el insulto con alegre sonrisa le dijo:

—Grande idea!.... Azotes en musica.... Hay novedad en el pensamiento!

—No es verdad? empero necesitaríamos una bella voz para los solos.

—Del azote! dijo Farinelli dando una carcajada.

—Y como S. M., continuó el doctor, aprecia sobre todo vuestro talento, he pensado que querriais....

Farinelli con una cólera que no pudo reprimir, grito:

—Doctor! doctor!

—Tranquilizaos, se os colocaria en una hermosa tribuna colgada de terciopelo negro, y ademas se os pagaria bien....

La cólera de Farinelli hasta entonces reprimida, estalló con violenta explosion.

—Qué? le dijo, creéis que Farinelli seria capaz de representar tan despreciable papel en vuestra horrosa farsa? Yo cantar vuestras tristes salmodias? Primero querria perder enteramente mi voz. Doctor de mal agüero! salid de mi presencia y no insulteis al artista que no sois digno de comprender!

El doctor quedó asustado de la actitud firme que tomó Farinelli. Era tal su cólera, que temió dejarse arrebatar de su violencia, y así retirándose prudentemente le dijo:

—Me marchó.... me marchó, histrion! me asombra la audacia, me desafias....

—El diablo cargue contigo!

—Volveré.... y mas pronto de lo que tú piensas, pero con fuerza armada.... Conspirador! sedicioso!

Y al pronunciar estas últimas palabras habia tenido cuidado el bueno de Zúñiga de apretar el paso y



ponerse fuera del alcance del hombre á quien habia ido á insultar, juzgando segura é inevitable su ruina al día siguiente.

Farinelli conoció por las espresiones que en su cólera habia pronunciado el doctor al salir de su aposento, que se aspiraba á algo mas que su destierro, que estaba decretada su prision.

Hombre de gran serenidad en los momentos de mayor peligro, reflexionó un momento, volvió á leer la carta que le habia escrito Fernando VI, y que habia enseñado á la reina en el monasterio, y exclamó satisfecho:

—No me engaño..... es la letra toda de puño del rey. Bueno, Fernando no me ha olvidado y ya me lo temia!

Después guardando cuidadosamente en su bolsillo el billete y frotándose las manos con aire de seguridad y contento, continuó:

—Ah! señores!.... habeis jugado sin estar yo delante... partida nula... volveremos á empezarlajugada!

Y se marchó á dormir tranquilamente como si no estuviese amenazada su cabeza de una gran calamidad, como si del éxito de su entrevista al día siguiente con el rey, no dependiese su libertad, su vida, y la suerte de la reina á quien tanto amaba, y los destinos de una de las primeras naciones del mundo.

## VII.

Dos mugeres con el velo echado acababan de entrar en la estancia de Farinelli. La reina Maria Bárbara era una de ellas, la otra era una camarera de toda su confianza. La superiora del monasterio de la Visitacion habia dispuesto su marcha de modo que nadie se apercibiera de ella. Creían todos en el monasterio que la reina se hallaba en él, y ademas que estaba indispueta, y hasta para dar mas apariencias de verdad, se habló de avisar al doctor Zúñiga. Entraron en una de las habitaciones inmediatas á la sala donde estaba componiendo su ópera Farinelli. En esta habitacion y oculta por un biombo chinesco, habia colocada una mesa ricamente cubierta de manjares esquisitos, y cuya vista podia excitar el apetito del mas desganoado enfermo. Diríase que Farinelli esperaba á alguno á almorzar; empero este hombre extraordinario se servia de las mas insignificantes circunstancias para el éxito de sus grandes planes.

Poco rato después de haber llegado la reina, y cuando apenas habia podido Farinelli tranquilizar su ánimo agitado con tan diversas emociones, y combatido por la terrible incertidumbre del éxito que podia tener una entrevista con el rey conducida por sorpresa y cautelosamente, llamaron á la puerta de la estancia.

Abrió Farinelli y se presentó el rey todo vestido de negro, pálido, abatido, y parecia fatigado. Farinelli le presentó su brazo, en el que se apoyó ligeramente para ir á sentarse en un sillón.

—Buenos dias, Farinelli mi amigo, le dijo con la mayor afabilidad.

—Señor! respondió Farinelli doblando respetuosamente la rodilla y besando su mano.

—Se está muy bien aqui, dijo el rey echando una mirada alrededor del aposento. Cuando estoy aqui sin saberlo mi córte, á tu lado, oyéndote, olvido todos mis pesares..... me se figura que soy como tú, un simple y alegre artista..... libre, independiente! Oh! qué feliz soy ahora!

—Felicidad bien fácil de disfrutar, señor! y que puede V. M. tener cuando le dé la gana.

—Ah, pobre Farinelli! sabes que me han arrancado tu destierro.

Farinelli hace un gesto de sorpresa y el rey continuó en tono mas bajo y con timidez:

—Ha sido una exigencia de los ministros..... y de mi confesor.

—Con que V. M. me arroja de su lado?

—Arrojarte yo! á ti, mi fiel amigo! á ti, á quien he debido los únicos instantes de calma que he disfrutado hace largo tiempo! No, no, han podido obligarme á separarte de mi lado.... empero no es una desgracia la tuya, mis beneficios te seguirán á todas partes.

Al mismo tiempo, vivamente conmovido, alargó la mano á Farinelli, que la estrechó con entusiasmo entre las suyas, cubriéndola de besos, é inundándola con las lágrimas que se desprendian de sus ojos.

—Tranquilízate, le decia el rey vivamente conmovido, tranquilízate. Pocos instantes puedo estar contigo; pero he querido verte aun una vez antes de que te marches.

Empezó á buscar entre sus papeles de música Farinelli, diciendo:

—Qué quiere V. M. que le cante?

—Alguna cosa dulce, melancólica. Paréceme que eso me aliviaria.

Pronunció estas últimas palabras el rey con voz casi apagada. Farinelli vió al mismo tiempo palidecer su rostro, y dejando los papeles de música le preguntó.

—Os poneis malo, señor?

—Si, tengo debilidad.... la dieta continuada.... los ayunos.

—Dieta y ayunos.... y siempre dieta y ayunos. Eso no es regular, y si V. M. pudiese oír lo que dicen por Madrid.

—Y qué pueden decir?

—Todos lamentan el aislamiento á que viles intrigantes han reducido á V. M.... recuerdan los primeros dias de vuestro reinado, vuestra entrada real en Madrid.... El pueblo admiraba entonces la bazarria con que caballero en un potro andaluz hicisteis vuestra entrada en Madrid; era una embriaguez, un entusiasmo general, todos esperaban la vuelta de los buenos tiempos de la monarquía española. Ah! el partido fanático ha triunfado y ha impedido la realizacion de tan bello reinado.

—Crees tú que no comprendo tambien el estado de abatimiento á que me han reducido?... Ese es el secreto de la terrible melancolía que me devora, y que nadie antes que tú ha logrado disipar.

Levantóse el rey de su sillón y pareció por un momento mas animado diciendo:

—Hay momentos, ves? en que se dispierta mi energía.... entonces huyendo de la luz, del mundo entero, vierto lágrimas de dolor y de rabia.... Entonces quisiera arrojarlos á todos.... gobernar solo...., ser rey, en fin!

—Si, señor, si! exclamó con alegría Farinelli.

—Empero las fuerzas me faltan para tamaña resolucion.... Me asusto al contemplar la pesada carga que voy á echar sobre mis hombros....

—Haced un ensayo, al menos, un ensayo, señor! dijo con ademan suplicante Farinelli.

—No! es demasiado tarde ya, contestó el rey volviendo á su ordinario abatimiento.

—Demasiado tarde! replicó Farinelli desesperado de ver disiparse la débil rafaga de energía que habia aparecido un instante en el corazon de Fernando VI. Tiempo es ya de que concluya el reinado de los que os oprimen, pensad en vuestros nobles abuelos! Dejad esa vida austera y solitaria. La corona impone obligaciones sagradas. Los pueblos esperan y han menester grandes bienes.

—Basta! contestó el rey.

—Pero señor, os debeis á vuestros vasallos.... y añadió después con marcada intencion.... y á la reina.

—La reina! contestó con amargura Fernando, la reina! tiene mas graves intereses á que atender y otros



cuidados que los de mi salud.... reinar en mi lugar, ese es su solo pensamiento!....

Con respeto y con firmeza al mismo tiempo, interrumpió al rey Farinelli diciéndole:

—Señor, los que han dicho eso á V. M. le han mentido.

—Cómo? exclamó sorprendido el rey.

—Yo no soy mas que un pobre artista, continuó Farinelli; empero aunque debiera costarme la vida mi ingenuidad, he de hacer oír á V. M. la verdad... Si, señor, la verdad..... Han engañado á V. M..... han calumniado á la reina, y si quisiérais oírla.....

—Jamás.... y no hables ni una palabra mas sobre esto.... ó de otro modo daré crédito á lo que me han dicho de tí!

—Señor! y qué han podido decir á V. M.?.... que era adicto á la reina, que la amo tanto como á vos, señor.... que quisiera veros reconciliado con una esposa joven, virtuosa, cuyos cuidados son tan necesarios á vuestra salud..... Si, señor..... si.... lo proclamo altamente. Me glorio de tener esos sentimientos, sucédame lo que suceda.

—Basta! gritó el rey con cólera, tanto atrevimiento! y al mismo tiempo dando un golpe al biombo chinesco, lo dejó caer al suelo dejando descubierta la mesa en que estaba el almuerzo de Farinelli.

—Qué es esto? preguntó admirado el rey. Es vuestro desayuno sin duda?

—Perdone V. M. me había olvidado de hacerlo retirar antes de que viniese V. M.

Pasó el rey á examinarlo y dijo:

—No tiene mala traza!

—Gracias á las bondades de V. M. me trato muy bien.

Descubrió el rey un plato y dijo:

—Jamon en dulce! mi plato favorito.

Descubrió otro plato Farinelli y dijo:

—Rabiolés á la napolitana.

—Tienen esos platos un olorillo.....

—Y los rabiolés, señor? dijo Farinelli presentando al rey el plato, *Che gusto!*

—En efecto, parecen exquisitos.

—Si yo me atreviese, dijo dudando Farinelli, rogaria á V. M.....

—Qué?

—Que se dignase probarlos!

—Y la dieta..... y mi ayuno, no debo tomar nada antes del medio dia.

—Ya son mas de las once, señor.

—Pero y el régimen que me ha prescripto el doctor Zúñiga.... una dieta severa, rigorosa.

—Señor, con perdon de V. M., el doctor Zúñiga es un asno..... V. M. va á salir á ver el auto de fé, la ceremonia es pesada y poco entretenida, y V. M. necesita tomar fuerzas.

Sonrióse el rey y contestó mas animado:

—Vive Dios que tienes razon! el doctor ademas cuando estoy mal y me quejo, solo tiene por remedio el repetirme muy compungido: «Señor, preste V. M. paciencia.» Estoy por caer en la tentacion.

—Fuera escrúpulos, señor, tome V. M. unos pocos rabiolés: y al mismo tiempo le sirvió un plato de ellos.

Probólos el rey y los halló muy de su gusto.

—Los pruebo, dijo, por formar una idea de tu cocina italiana.

—Es cosa buena.

—Deliciosa, contestó Fernando, pero todas estas comidas están muy cargadas de especias.

Viendo que Farinelli tomaba una botella disponiéndose á servirle, el rey detuvo su mano diciéndole:

—No, no, agua.... yo no bebo mas que agua.

—Agua, señor, replicó Farinelli que veia iban lo-

grándose sus intentos, es una bebida vulgar y comun.

—Nuestros vinos de España son muy espirituosos, muy fuertes.... y mi cabeza está muy débil.

—No es vino de España el que yo ofrezco á V. M. por eso mismo, es un vino flojo italiano de la falda del monte Posilipo de Nápoles.

Y al mismo tiempo ofreció una copita al rey, que despues de haberla bebido lentamente, dijo:

—Es bueno! me reanima, y al mismo tiempo alargó su copa á Farinelli, que la llenó de nuevo de vino. Bebió el rey.

—Es singular, dijo, estaba hace poco tan triste, tan débil, y ahora.... Oh! es prodigioso, me cantarás alguna cosa?

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Una cosa alegre, viva, animada, nueva!

—Una escena de mi ópera.

—Una escena de ópera, y qué dirá luego mi confesor?

—Diga lo que quiera, señor, es una preocupacion. Solo los clérigos fanáticos miran el teatro como una invencion satánica, y á los cómicos como escomulgados.... yo probaré á V. M. que el teatro es un foco de civilizacion y los actores artistas que su mérito puede elevar á grande altura....

—Vamos, no te enfades, dijo Fernando, escucharé tu escena: que asunto has elegido?

—La *Toma de Granada*.

—Bravo, bravísimo! dijo el rey muy contento, es un asunto nacional.

La alegría brillaba en los ojos de Farinelli, un momento antes tan abatido y desesperanzado: Fernando VI se hallaba en la mejor disposicion de ánimo. Tan cierto es que muchos de los grandes acontecimientos que han trastornado el mundo, han pendido muchas veces de una mala digestion, como observa muy juiciosamente un filósofo.

—Cual es el argumento de tu ópera? dijo Fernando.

—La accion de mi ópera, dijo Farinelli, es esta.... muy sencilla. Boabdil, el terrible Boabdil, rey de Granada, engañado por falsos informes, por infames calumnias, ha desterrado de su presencia á Zulema, su querida esposa.... en su furor la condena á muerte.... un esclavo fiel introduce á la reina cerca de Boabdil en el momento en que va á firmar la sentencia fatal: ya veis el efecto.... Boabdil la lanza una mirada indignado.... se aproxima á él, y con voz triste y suplicante le dice:

Escúchame, dulce dueño:

Escúchame, Boabdil:

No así, á tu Zulema, arrojes

Airado lejos de tí!

Si acaso ha podido un día

La impostura infame y vil

Con sus mentidas calumnias

Sospecha en tu alma infundir,

La calumnia, como el humo,

En el viento irá á morir!

Recuerda que yo te amé

Desde el punto en que te vi!

Una invisible cadena

Ligó mi destino á ti,

Y se unieron nuestras almas,

Como al árbol la raíz;

Como las flores que brotan

En delicioso jardín,

Se unen amantes al sol,

Que las colora en abril:

Como el arroyo que nace

Para pre uroso, ir

A enlazarse con el mar

Como su término y fin.....!!!



Al mismo tiempo Farinelli se dirigió hacia el aposento donde se hallaba la reina oculta, y le hizo seña de que se presentase. Fernando oía con el mayor placer la composicion de Farinelli.

—Y qué responde el rey? le preguntó impaciente.

—Nada aun, contestó Farinelli, empero está muy conmovido.... la reina lo advierte y continua así, aproximándose al rey.

En efecto, la reina habia salido de donde estaba oculta y se aproximaba á su esposo con la mayor turbacion y ansiedad. El momento era terrible, decisivo.

Farinelli continuó leyendo:

Aleve pudo la calumnia un dia  
Ennegrecer mi vida, mas te juro  
Que mi amor para tí, mi dulce esposo,  
Fue siempre el mismo, inextinguible, puro....!

En aquel momento la reina se aproxima al rey, que tenia puesta su mano en los ojos como agitado de un recuerdo, tal vez de la semejanza de su situacion con la del desgraciado Boabdil: al dejar caer sus manos ve delante de sí á la reina, que con el mayor afecto coge su mano.

Admirado el rey se levanta bruscamente exclamando:

—La reina!....

—Fernando! dijo con aire suplicante esta.

Fijó un momento vacilante sus ojos en ella Fernando, y abriéndola sus brazos, se precipitó en ellos la reina.

—Querida Maria! dijo el rey estrechándola en sus brazos, y volviéndose despues á Farinelli, le dijo con la mayor efusion:

—Ah! te doy las gracias.

—He salvado la España! dijo para sí Farinelli; y su rostro se dejó ver radiante de alegría.

Fuertes y repetidos golpes sonaron á la puerta del aposento de Farinelli. Quedaron todos sorprendidos, pero los golpes se repitieron con mas fuerza, y una voz terrible gritó:

—Abrid en nombre del rey!

—Qué significa esto? dijo el rey.

Mirando al rey Farinelli, contestó:

—Al nombre del rey.... es preciso obedecer.

Nuevos y mas fuertes golpes sonaron á la puerta, y gritaban desde fuera:

—Abrid en nombre del rey!... ó echamos la puerta abajo.

—Abrid! le dijo el rey á Farinelli. Pasan aqui cosas extraordinarias que quiero ver por mis propios ojos. Venid, Maria.

Y se retiró con la reina al aposento donde habia estado antes. Farinelli abrió la puerta, y entraron el doctor Zúñiga, un alcalde de casa y corte, y varios soldados.

—Daos á prision, dijo el alcalde.

—Me asustais con tanto aparato, contestó con aire burlon Farinelli. Está acaso la monarquía en peligro?

—Haceos el desentendido, le dijo el doctor Zúñiga. Os lo dije anoche! Pobre Farinelli.

—Qué me deciais? replicó este.

—Nada, que os haríamos saltar de aqui.

—No os comprendo, contestó Farinelli:

—Pues es muy sencillo; que mientras ayer hablábamos aqui muy tranquilamente, S. M. el rey nuestro señor firmaba algunos decretos de destierro.

—El rey ha firmado? preguntó con estrañeza Farinelli.

—Aun tiene que firmar algunos otros decretos... pobre rey!

—Sabeis que si os oyese el rey, doctor....

—No hay miedo... S. M. está bastante malo y probablemente encargará la gobernacion del reino durante su ausencia... mientras se restablece de su enfermedad.

—Daos á prision, repitió el alcalde.

—Estais acusado de alta traicion. Qué, os aterrais? le dijo con aire insultante el doctor.

—Aterrado, no... replicó Farinelli, indignado, si... Ah! si mi voz pudiese llegar hasta el rey como le diria: Señor, firmad un decreto que desembarace á la España de las plagas que la devoran; proscribid el fanatismo, haced que desaparezcan los autos de fé; dejad disfrutar al pueblo una libertad moderada; fomentad las artes, y eso es todo lo que quiere la España.

—Sois un hombre muy divertido con vuestros proyectos, le dijo el doctor, afortunadamente sois el bufon del rey y no su ministro.

—Os engañais! dijo Fernando VI saliendo repentinamente del cuarto desde donde habia estado oyéndolo todo con la reina.

No es fácil pintar la turbacion del doctor Zúñiga en aquel momento. El alcalde y cuantos le acompañaban, se inclinaron respetuosamente esperando las órdenes de S. M.



FERNANDO VI.

Fernando VI con una energia que no era de esperar en su carácter débil y acostumbrado á ser dominado por mucho tiempo, dijo:

—Farinelli, sois un leal servidor... Mas habeis hecho por el bien de España en un dia que yo en seis años. Desde hoy tomo la resolucion de gobernar por mí mismo... La reina á quien pido me perdone los disgustos que injustamente la he causado, me ayudará con sus cuidados. Vos, don Carlos Broschi, me ayudareis con vuestras luces y vuestra lealtad; tendreis asiento en mi Consejo. Sereis uno de mis ministros.

—No, señor, contestó Farinelli, seré el director del teatro real de V. M. que es empleo mas alegre.

El rey continuó.

—Quiero que inmediatamente se suspenda el auto de fé, y que jamás tan triste ceremonia pueda reproducirse en mi reinado. Yo ilustraré los pueblos para hacerla imposible en el de mis sucesores. Rey católico, protegeré la religion en mis estados, y defenderé la fé haciendo virtuosos mis pueblos. Quiero que las artes y las letras florezcan en mi reinado, y para comenzar á ani-





marlas, mañana mismo asistiremos yo y la reina á la primera representación de la ópera de *La Toma de Granada*. Estás contento, Farinelli?

—Loco, señor, entusiasmado; cuando yo decía á V. M. que no había mas que querer.

—Yo os debo mi felicidad, le dijo con la mayor amabilidad la reina.

—Y yo mi salud, dijo el rey.

—Y España su ventura y conservar su buen rey, dijo el alcalde de corte.

Entonces el rey quitándose la roja cruz de la orden militar de Calatrava que brillaba sobre su vestido negro, se la entregó á la reina.

—De rodillas! dijo esta á Farinelli.

Echóse este á los pies de Maria Bárbara, que con una gracia encantadora le dijo colocando en su pecho la cruz de Calatrava:

—En nombre del rey y en recompensa de vuestra lealtad y vuestros servicios, venimos en haceros merced del hábito de la real y militar orden de Calatrava!

—Farinelli iba á espirar de alegría y de dolor á la vez. Sus deseos se habían colmado. Había salvado á la muger que miraba como su divinidad. Vivía cerca de ella, se embriagaba con su aliento, sentía consumirse, abrasarse en su amor, sin atreverse, sin podersele decir jamás. Todo lo que había hecho se atribuía á lealtad. La reina misma al premiarle le premiaba como á un servidor fiel, no había leído en su alma, ignoraba sus verdaderos sentimientos, y este tormento que sufría Farinelli, era el mas horroroso tormento, y á ese tormento no podía renunciar.... porque una palabra hubiera bastado para que la reina le alejase de su lado para siempre. Maria Bárbara era tan bella como virtuosa!

#### VIII.

Un dia había bastado para cambiar la faz de la monarquía española.—Fernando VI se rodeó de nuevos ministros. Carvajal, el marqués de la Ensenada, Campillo, ilustraron su reinado. El tribunal de la inquisición se contuvo en justos límites. Desde entonces no volvió España á ver encendidas sus hogueras. Las artes y las ciencias progresaron. La creación de la Real Academia de San Fernando, la construcción del Jardín Botánico, el camino real de Guadarrama, los colegios navales de Cádiz y del Ferrol, fueron obras que atestiguan la grandeza del reinado de Fernando VI.

Cárlos Broschi Farinelli se negó constantemente á formar parte del ministerio. Solo aprovechó su crédito para influir en el bien general, y jamás demostró la altivez y orgullo que nos presenta la historia en otros privados. Nunca aceptó empleo alguno, supo distinguir á los hombres de mérito y solo usó de su influencia para derramar liberalidades de que hubiera podido aprovecharse. Considerándose feliz con ser admitido en la intimidad del rey y de la reina, se mezcló muy poco en los negocios de

gobierno. Los ministros ansiosos de complacerle anhelaban conocer sus deseos y no pudieron lograrlo. No persiguió á nadie. Tenia parientes en Italia y á ninguno de ellos permitió presentarse en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza mas grande acompañada de tanta moderación. Sus modales finos y delicados prevenían en su favor, y la espresion de su canto le atraía las simpatías de todos. Un gran personaje que se había hecho injustamente su enemigo, quedó un dia tan embriagado con sus melodiosos acentos, que le echó los brazos al cuello suplicando que olvidase su mal proceder. A este hombre extraordinario se encomendó la dirección del teatro del Buen Retiro. Jamás teatro alguno en el mundo ha desplegado mas magnificencia. Parecía hoy fabulosa la riqueza de los trages y decoraciones de aquellas representaciones dignas del monarca de dos mundos que disipaba en aquellos tiempos de abundancia en estas diversiones sus tesoros.

Farinelli tuvo el disgusto de ver morir á la reina Maria Bárbara, que le dió una prueba de su afecto en la siguiente cláusula que se lee en su testamento:

«A don Cárlos Farinelli mando en señal de mi singular aprecio, una sortija con un diamante grande, los tres claves mejores de mi servicio y todos los papeles de música.»

Fernando VI llorado de sus pueblos murió el 10 de agosto de 1759.

Las cualidades de su corazón le valieron el dictado de el *Sábio*; debiera ser reconocido en la historia por el de *Benéfico* y el *Grande*, pues labró la felicidad de la nación que le había llamado á dirigir la Providencia.

Cárlos III vino desde el trono de Nápoles á ocupar el que la muerte de su hermano Fernando VI había dejado vacante en España; empero no quiso dejar á Farinelli en España, le conservó sus sueldos y sus rentas y se retiró á Bolonia, donde vivió en la opulencia en un magnífico palacio obsequiando á cuantos españoles notables pasaban por aquella ciudad.

Cárlos III no quiso que hubiese ningun favorito en su reinado, y por eso hizo salir de Madrid á Farinelli, al mismo tiempo que traía consigo de Nápoles al marqués de Squilache, otro favorito menos modesto y sin las distinguidas cualidades de aquel, y á quien el pueblo de Madrid le hizo despedir de su lado y del reino en el famoso motin de Madrid, de las capas y los sombreros y á que ha llamado la historia el motin de Squilache.

Farinelli tuvo una gran parte en las grandes empresas que ilustraron el reinado de Fernando VI, de quien fué un verdadero amigo, y á él se debieron el buen gusto que se adquirió en España en la música y los grandes adelantos escénicos.

Las suntuosas funciones de la corte del Buen Retiro, sirvieron para la reforma de la antigua escena española, y atestiguan la opulencia de Fernando VI y el buen gusto de su favorito FARINELLI.

EL CONDE DE FABRAQUER.





## GLORIAS DE ESPAÑA.

## DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

I.



Fuera de las murallas de Burgos y en la mañana de un hermoso día se encontraba una numerosa cuadrilla de bizarros cazadores, esperando, al parecer, la llegada del jefe de la expedición. A juzgar por los aprestos que allí se notaban, no iba á ser aquella cacería uno de los terribles simulacros de la guerra, en que caballos y ginetes, escuderos, monteros y perros impacientes por romper la cuerda que los sujeta, se precipitan como un torrente en las selvas, en las que, siguiendo todos los senderos, rodeos y escondrijos, trazando mil curvas con las idas y venidas, persiguen sin consideración á las fieras y dañinas alimañas, en medio del estruendo, de los gritos, de los ladridos y del sonido de las trompas. La cacería que entonces se preparaba era una de aquellas sencillas diversiones en que se levanta la caza por medio de perros hábiles en seguir la pista ó en la que se hace caer en la red á las inocentes avecillas, atraídas con un reclamo engañoso.

Un movimiento que hubo en la cuadrilla de cazadores anunció la llegada de un personaje al que todos saludaron con respeto y en el mayor silencio. El recién llegado era un jovencito de unos quince años á lo mas, delgado de cuerpo, y de una constitucion enfermiza; así al menos lo hacían creer su rostro de estremada palidez, y sus ojos hundidos, en los que brillaba, sin embargo, un destello de inteligencia. La finura de las facciones de su rostro, realzadas con una magnífica cabellera que le bajaba hasta los hombros, y el noble continente de aquel jóven, le hacían parecer hermoso y galán, á pesar de su palidez y de otras muestras de sus habituales padecimientos.

Por esta causa á este jovencito, que ya era rey de Castilla, le llamaron don Enrique III *el Doliente*, sin que este titulo con que se ha perpetuado en la historia, pueda dar una idea de que en aquel cuerpo débil y enfermizo se abrigaba una alma fuerte y generosa. Su padre el rey don Juan I había muerto en 1390, dejándole á la temprana edad de once años y cinco días espuesto á los inconvenientes de una regencia, y amenazado de inquietudes y alborotos que la ambición de los unos y la envidia ó resentimiento de los otros no podía menos de producir. Para remedio de estos males, el rey quiso cuanto antes salir de tutela, y antes que cumplierse los catorce años, juntó á los grandes y á los prelados en el monasterio de las Huelgas, cerca de Burgos, y allí sabida su determinacion de tomar á

su cargo la gobernacion del reino, fueron absueltos los gobernadores de aquel cargo con gran contentamiento de los pueblos que todo se lo prometian del jóven monarca.

Don Enrique, á pesar de su corta edad, emprendió decididamente el examen de los males de Castilla á la que procuró desde luego la paz, deseoso al mismo tiempo de recobrar las prerogativas reales que por los trastornos de los tiempos y por la desmedida ambicion de los grandes estaban como usurpadas. Se distraía de los cuidados del gobierno con la amena diversion de la caza y con el ejercicio en campo libre, que tan recomendado le estaba para la conservacion de sus fuerzas; pero no correspondió á sus deseos el recreo que en este día esperaba; pues la caza fué escasa, y el rey y cuantos le acompañaban volvieron al sitio de parada, cansados y de mal humor. El rey, á quien el ejercicio de la caza habia abierto el apetito, mandó que inmediatamente le sirviesen algo de comer, y no fué poca su sorpresa cuando le advirtió el despensero que nada habia preparado.

—Hiciste mal, dijo el rey, en contar para mi comida con el producto de la caza, pues te aseguro que, aunque á poco estoy acostumbrado, todavia no me contentan por el momento esas pocas codornices que hemos cogido. Es menester que vayas al instante en busca de alguna otra cosa.

—Es que... ¡Será preciso decíroslo, señor!

—Habla ¿Qué tienes que decir?

—Que no solo no hay vianda preparada, sino... ni aun dinero con que comprarla.

—¿Y á tal extremo me habeis conducido?... Pero no; no teneis vosotros la culpa.

Al primer arranque de indignacion del rey sucedió una calma repentina, como si le hubiese ocurrido alguna idea favorable á sus intentos y capaz de desarmar toda su cólera. Volvióse hácia el criado y le dijo con sonrisa:

—¡Bah! ¿y por eso te apuras? Verás que pronto hallaré remedio.

Y diciendo y haciendo se quitó su gaban de terciopelo, y alargándosele al criado, le dijo:

—Toma, á ver si sobre esta prenda de su rey, encuentras hoy quien le dé algo que comer.

Interpusieronse los circunstantes ofreciendo al rey los medios de evitar aquel sacrificio indecoroso para un soberano, pero este contestó resuelto:

—Quiero que los presentes y los venideros sepan á qué degradante extremo me he visto reducido. Si, quiero que se sepa; porque se sabrá tambien al mismo tiempo hasta qué punto abandoné mis intereses personales por atender á los generales de mis desgraciados pueblos. Despues, volviéndose hácia el criado que aun estaba indeciso con el gaban en la mano, le dijo:

—Obedece sin tardanza.

Volvió el servidor de don Enrique con una pierna de carnero, la que con las codornices cogidas por el monarca constituyó su frugal comida. El rey se manifestaba muy alegre, no así los circunstantes que, sobrecogidos con lo que acababa de pasar, estaban tristes y silenciosos. Al fin uno de ellos no pudo menos de exclamar:

—¿Qué contraste, Dios mio, que contraste, entre este banquete y el que para esta noche se prepara!



Como estas palabras llamasen sobremanera la atención del rey, el otro que no deseaba mas que hablar, le refirió como aquella noche daba el arzobispo de Toledo en su posada un suntuoso banquete al que estaban convidados todos los magnates, y que esta era cosa que sucedía entre ellos con mucha frecuencia, diciendo tales cosas de estos convites y de los conatos y coloquios de dichos señores, que el rey no pudo menos de esclamar:

—¡Me sorprende lo que me dices! y aun creo que deberías abstenerte de decir tales cosas de las que no puedes estar seguro.

—¡Señor! replicó el cortesano, soy incapaz de decir á vuestra alteza cosa que en caso necesario, no solo pudiera probársela, si no, pues medios tengo para ello, hársela ver.

—Pues bien, contestó el rey muy regocijado, te cojo la palabra.

## II.

Apenas llegó aquella hora de la noche en que por lo regular quedaban desiertas las oscuras y tortuosas calles de Burgos y cuando se iban estinguendo el ruido y la luz que aun se percibían en algunas casas, un hombre, cubierto con un ancho y liso sombrero y embozado en una capa negra, cruzaba con cierta precaución por las solitarias calles y en dirección al palacio arzobispal. Era este un vasto y antiguo edificio que tenía á sus espaldas un pequeño jardín, del que se veían descollar algunos árboles por encima de la pared que servía de cerca y que separaba el jardín de una callejuela retirada. En uno de los extremos de esta cerca había una puertecilla claveteada de hierro, la que se abrió suavemente, así que el embozado puso el pie en el umbral. El desconocido que había abierto la puerta, recibió cortesmente y con la gorra en la mano al embozado que exclamó al entrar:

—¡Ya estoy aquí!... Ambos hemos cumplido nuestra palabra; ¿vendrás tú conmigo?

—No señor: importa que me quede guardando este paso. Nadie hay en el jardín y al menor ruido estaré con vos. Seguid hasta aquellas ventanas bajas de donde sale el resplandor que se nota al través de los árboles, y vereis cómo es muy cierto cuanto os dije. También puedo proporcionaros, si quereis, entrar en la sala del festín.

—No: todos me conocen y no lograria mi objeto.

—Pues bien, seguid: yo me quedo aquí, dijo el guarda sentándose en el escalón de la puerta, y por este punto nada hay que temer, y al decir estas palabras, medio desvainó una ancha daga que llevaba á la cintura.

Don Enrique, pues él era, se internó por aquellas serenas calles de árboles, cuyas ramas alumbradas por la luna producían mil fantásticas y caprichosas sombras. Siguiendo la indicada claridad, se acercó á una reja medio cubierta por fuera con algunos arbustos y plantas trepadoras y resguardada por dentro con una riquísima cortina. Allí oculto miró y escuchó con atención cuanto pasaba en la estancia.

Un aromático perfume se desprendía de aquel salón resplandeciente con la claridad de muchas antorchas. Los magnates con vestidos de gala en que brillaban el oro y la pedrería, estaban sentados al rededor de una anchurosa mesa en la que lucían piezas de cristal labrado y de plata, cual no había entonces otras en la bajilla misma del soberano. Contempló este sin sorpresa tanta magnificencia, y solo quedó suspenso á vista de los personajes que estaban á la mesa. Hallábanse allí don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Trastámara, don Enrique de Villena, el conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzmán y otros personajes de aquellos á quienes el

TOMO VI.

rey don Juan I había dejado por gobernadores del reino y tutores del príncipe, en su testamento otorgado antes de la batalla de Aljubarrota. También y con sabia prevision había nombrado uno ó dos vecinos honrados de las ciudades de Toledo, Burgos, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia para que hubiese el debido equilibrio entre los poderes y para evitar toda clase de competencias; pero sin duda esta prudente cláusula del testamento debió caer en desuso, pues es lo cierto que dichos hombres buenos no estaban á la mesa.

Hallábanse entonces los convidados en aquella parte del festín en que ya satisfecho el apetito, empiezan los animados coloquios entre alegres y bulliciosos brindis. Allí era el referir cada uno, no solo los títulos hereditarios con que se envanecía, sino el numerar con grata complacencia las rentas actuales que disfrutaba, y por último, como en una reunión privada de amigos en que nada había que recelar, se hizo allí mención sin escrúpulo de las rentas y posesiones reales que, con motivo de las revueltas de los tiempos, muchos de ellos habían podido usurpar á la corona.

Por bien informado que estuviese el rey don Enrique de las causas de la escasez de su erario y por mucho que sospechase en manos de quien paraban los bienes del patrimonio real, forzoso es convenir en que las involuntarias revelaciones que entonces le hacían, sobrepujaban en mucho á las esperanzas que tenía de enterarse de todo, para fijar su opinión y reformar sin tardanza los abusos que lamentaba.

Después que entre mútuas felicitaciones se concluyó aquel alarde de magnificencia, levantó su copa en alto uno de los comensales y exclamó:

—Brindo, señores, á el afianzamiento de nuestro poder y de nuestra grandeza.

Aplaudido que fué este brindis con entusiasmo, el arzobispo de Toledo, á quien su carácter, mas que el ser quien daba el convite, autorizaba para presidir la reunión, pronunció con afectuosa gravedad estas palabras:

—Para el afianzamiento de nuestra grandeza, bueno es que sigan como hasta aquí estos mútuos convites con que nos obsequiamos unos á otros; pero lo que es indispensable para nuestra seguridad y para que nuestro poder no sufra ningun menoscabo, es, señores, que reine siempre en nosotros la unión: esa unión que constituye nuestra fuerza. Las frágiles varas que quebranta fácilmente la débil mano de un niño, resisten unidas y compactas á los esfuerzos del hombre mas poderoso.

—¿Y porqué recelar? ¡En nuestras manos está el poder y por largo tiempo!

—Sí, exclamó otro, nosotros somos los verdaderos soberanos de Castilla.

—No hay que adormecerse en una vana confianza: el pueblo mas nos teme que nos ama.

—Si el pueblo nos teme, interrumpió el arzobispo, también nos necesita, y hay además medios de contentarle y seducirle: una larga costumbre de sumisión, le hace descubrir maquinalmente su cabeza delante de nosotros. No, no es del pueblo de quien creo que haya que temer.

—¡Bah! insistió otro, pues en cuanto al rey, todavía es un rapaz.

—Y aun cuando no lo fuese, le contestaron, sus habituales dolencias estinguen en él todo sentimiento de energía.

—¡Mañana lo veremos! murmuró el rey que sin querer escuchar mas, se apartó con despecho de la ventana.

## III.

Aun se hallaban descansando al día siguiente por la mañana todos los magnates y grandes señores de Castilla que habían asistido al banquete, cuando se les pasó



aviso á todos ellos, para que se presentasen inmediatamente en palacio, pues el rey los necesitaba para asuntos de mucha urgencia. Concurrieron puntuales á la cita y, contra la costumbre, no fueron inmediatamente introducidos en la cámara del monarca, sino que se les iba haciendo esperar hasta que todos estuviesen reunidos. Allí se entregaban á varias conjeturas sobre aquella extraña convocatoria, siendo la opinion general, que el rey enfermizo y espuesto á continuos ataques, trataba de hacer testamento, acto que podia y aun debia autorizarse con su presencia. Tenian no obstante alguna inquietud y recelo que se aumentaron, cuando al entrar en la cámara del rey, le hallaron, contra su costumbre, armado de todas armas.

Don Enrique, pálido y frio por lo regular, se hallaba entonces bajo el influjo de una agitacion que coloreaba suavemente sus mejillas y daba una animacion extraordinaria á su rostro en el que estaba pintada la severidad. Desde luego conocieron los grandes que iban á encontrarse en una posicion difícil.

El rey fué el primero que rompió el silencio, diciendo:

—Acercaos, señores, tengo que haceros varias preguntas, y empezando por vos, señor arzobispo, decidme ¿cuántos reyes habeis conocido en Castilla?

—Señor, contestó el arzobispo, he conocido tres: á vuestro augusto abuelo don Enrique, á vuestro digno padre don Juan, y á vos, señor, á quien todos respetamos.

—¿A la misma pregunta hizo el rey á los demas cortesanos, que contestaron poco mas ó menos lo que el arzobispo, pues el que mas habia conocido cuatro soberanos en Castilla. Entonces el rey con visibiles muestras de enojo, exclamó:

—Me engaños, señores: es por cierto bien extraño que vosotros casi todos ancianos y experimentados no hayais conocido mas que tres ó cuatro reyes, cuando yo que soy tan jóven, un rapaz como vosotros decís, ya he conocido muchos.... veinte por lo menos.

A el ademan de sorpresa que hicieron los nobles al oír estas palabras del rey, contestó este cada vez mas colérico:

—Si; he conocido tantos reyes cuantos sois los que estais aqui. Si, vosotros sois los que os creéis reyes con grave afrenta de mi trono; los que habeis usurpado no solo los castillos y las rentas que me pertenecen, sino parte de mis régias prerrogativas; los que habeis esquilmoado á los infelices pueblos....

—Salgamos de aqui, señores, gritó el gran maestre de Santiago, no así se insulta impunemente á la principal nobleza de Castilla.

Dirigiéronse entonces los magnates, guiados por el gran maestre, hácia la anchurosa puerta de entrada cuyas hojas se abrieron de par en par; pero retrocedieron bien pronto antes de estrellarse en las aceradas puntas de las lanzas y alabardas de una numerosa guardia que apiñada en la antesala les cerraba el paso completamente. No era la primera vez que habian roto por medio de apiñadas lanzas muchos de los que allí se encontraban; pero lo que entonces les sucedia era tan extraordinario,

la razon y el derecho del rey eran tan palpables, que retrocedieron llenos de pavor. Don Enrique ademá, al primer movimiento de los nobles, habia tirado resueltamente de la espada, gritando furioso:

—¡Aqui mis soldados!

Entraron estos precipitadamente, cogiendo todas las avenidas é interponiéndose entre los nobles de tal manera, que estos quedaron aislados unos de otros y en medio de gente armada. Entonces don Enrique habló así, con marcada alusion á las palabras que habia oido la noche anterior:

—¡Vuestro reinado va á concluir hoy mismo! Yo soy ese rapaz sin energia, ese niño que tronchará una á una las varas que unidas burlaban su poder.

Un golpe siniestro resonó entonces detrás de una cortina; descorrióla el rey con la punta de su espada, y los nobles mudos y estremecidos vieron la impasible figura del verdugo, apoyando sobre un tajo su reluciente cuchilla.

Entonces aquellos orgullosos magnates cayeron á los pies del monarca, que con secreta satisfaccion los contempló triunfante por algunos momentos.

—Señor, exclamó el arzobispo; nuestra suerte está en vuestras manos. Hablad y sufriremos resignados la sentencia.

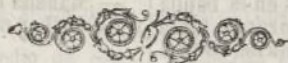
El astuto arzobispo ganó al rey con esta sumision; serenóse su semblante y haciendo á los grandes seña de que se levantasen, les dijo:

—Me habeis ofendido y derecho tenia á vengarme. ¡Menguia mia fuera el hacerlo y castigaros aqui indefensos! Pero necesito hacer justicia: con las vidas os dejo tambien las haciendas que legítimamente os pertenecen; pero los castillos y posesiones que usurpásteis al real patrimonio, habeis de cederlos ahora mismo. Además ireis á una prision, hasta que respondais del alcance que se os haga de las rentas reales que habeis cobrado y manejado. Llevadlos, dijo á los soldados; desde hoy ya no hay mas que un rey en Castilla.

Confundidos y atónitos salieron los nobles de la cámara de don Enrique que por este rasgo de sus primeros años, dió bien á conocer lo que de él se podia esperar en lo sucesivo. La prematura muerte, ocasionada por sus dolencias, le arrebató á la patria en 1406 á la temprana edad de veinte y siete años, habiendo reinado solo diez y seis; pero en este corto período de tiempo venció á los moros y á los portugueses; aunque mas temeroso de las maldiciones de su pueblo, que de las armas de sus enemigos, todo su conato se cifró en gobernar sus reinos con prudencia y con justicia; envió embajadas, y estableció relaciones con los mas distantes y poderosos monarcas de la tierra, acrecentó las rentas reales, escusó los gastos sin propósito, y sin gravámen de sus vasallos dejó grandes tesoros aglomerados en las torres que construyó en el alcázar de Madrid.

En el sepulcro de don Enrique III en la capilla de los Reyes nuevos de la catedral de Toledo, se dice que en su tiempo Castilla fué temida y honrada. Esto que en aquella época pudo pasar por un excesivo elogio del monarca es en nuestros dias una verdad histórica.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.





## ESTUDIOS DE VIAGES.

### CATEDRAL DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS.

En la bella y populosa ciudad de las Palmas, capital de la Gran Canaria, existe una catedral consagrada a Santa Ana, que por el tiempo en que se comenzó, por sus colosales dimensiones y por la elegancia de su arquitectura, merece muy particularmente llamar la atención de nuestros lectores.

Para los ojos de aquellos que todo lo juzgan por las reglas de Vignola, tendrá sin duda el defecto de pertenecer a distintos géneros; pero nosotros que nos complacemos, tanto en la severidad de los monumentos griegos donde predomina siempre la línea recta, como en los mas redondos contornos del renacimiento, y que solo formamos juicio por nuestras propias sensaciones y no por los preceptos ajenos, aunque valgan mucho, vemos con la mayor admiración esa amalgama de distintas épocas que reuniendo elementos de varios géneros, forma un todo tan acorde como los diferentes sonidos de una cadencia.

A principios del siglo 16 y pocos años después de la conquista de la isla por los españoles, se comenzó esta catedral bajo la dirección de Diego Alonso Motaude, célebre arquitecto castellano; continuóla después de su muerte otro gran maestro llamado Juan de Palacio, el cual concluyó enteramente el crucero, celebrándose en ella los divinos oficios por la primera vez el año de 1570 vispera del Corpus. Así permaneció durante los siglos 16, 17 y 18, hasta que en 1805 el canario don Diego Eduardo, dignidad de tesorero de la misma iglesia, levantó nuevos planos que fueron aprobados con encomio por la Academia de nobles artes de San Fernando y la reconstruyó del todo, continuando su fábrica hasta dejarla en el estado en que al presente se encuentra.

Después de haber recorrido tan distintas épocas, debía necesariamente llevar el sello de las diversas manos que la ejecutaron; y mucho mas en esos tiempos de esclusivismo en que se creía solamente digno de aprecio el estilo autorizado por la moda. Esta circunstancia bastante por sí sola para destruir el mejor proyecto, manejada por tan hábiles maestros, ha producido una variedad de formas siempre sostenida y razonada, que sin faltar a la unidad del todo, presenta a cada paso nuevos motivos de admiración y sorpresa.

Hállase situada esta catedral en la plaza principal de las Palmas y mirando al Poniente; su fachada, representada en el grabado, se hace especialmente notar por la regularidad de sus miembros y la buena armonía de sus proporciones. Consta de dos torres de orden compuesto eúritmicamente dispuestas, que se elevan magestuosamente hasta una altura de 180 pies castellanos, y sobre cuya cúspide ó cuarto cuerpo descansa una veta. Formando juego con las dos torres se levanta el cuerpo superior sostenido por tres grandes arcos, cuyas columnas y capiteles de delicada ejecución pueden competir con los adornos del mismo Berruguete. Difícilmente se encontrará un conjunto mas bello, magestuoso y noble.

La fachada posterior, aunque caprichosa é irregular en sus formas, no por eso deja de presentar bellezas de primer orden. Se compone de un grupo en el centro con dos alas interrumpidas en su medio por varios resallos, haciéndose notar por la gracia y sencillez de sus adornos y la elegancia de sus proporciones. Las molduras están perfiladas con el mayor acierto, distinguiéndose por su elegante corte la balaustrada que corona el primer cuerpo y las dos torres góticas que se elevan a sus costados, cuyas escaleras de ojo tanto llaman la atención de los inteligentes. Por último, en el centro de la catedral se levanta el cimborio que remata en una magnífica linterna, cuyos pintados vidrios reflejan á los rayos del sol los colores del arco-iris.

Mas el que pretenda conocer y apreciar toda la belleza y sublimidad de este edificio, preciso es que examine su interior y contemple su atrevida y graciosa estructura bajo sus magestuosas bóvedas.

Compónese este magnífico templo de tres estensas naves de largo y seis de cruzado, las cuales están divididas por diez columnas de cuatro pies de diámetro sobre 120 de altura. Nada mas esbelto y delicado que estas columnas cuyo pequeño diámetro asombra a todos los que las contemplan, y que en figura de palmas destacan ligeras y atrevidas, viniendo a formar en el blanco cielo de la bóveda y con los hilos de piedra que de ellas se desprenden, un caprichoso tegido de finísimos calados.

En medio de la nave principal se eleva el coro de la misma piedra que todo el edificio y coronado por una preciosa balaustrada con varios rosetones: sus escaleras y numerosos asientos son de caoba perfectamente trabajada.

Sus capillas en número de doce, y de las cuales el mismo cabildo es el patrono, se hallan muy bien servidas y adornadas, siendo notable la de Santa Catalina, donde se halla el sepulcro del célebre poeta don Bartolomé Cairasco, primer introductor de los esdrújulos en la poesía castellana y natural de la misma ciudad. De este insigne canario decía nuestro inmortal Cervantes adoptando el metro que aquel había inventado:

Tú que con nueva Musa estraordinaria,  
Cairasco cantas del amor el ánimo,  
Y aquella condicion del vulgo varia  
Donde se opone al fuerte el pusilánimo,  
Si á ese sitio de la Gran Canaria  
Vinieres con ardor vivo y magnánimo,  
Mis pastores ofrecen á tus méritos  
Mil lauros, mil loores beneméritos.

*Galatea, libro 6.º*

Sobre la lápida que cubre sus restos mortales, se lee el siguiente distico latino:

Lyricem et vates toto celebratus in orbe  
Hic jacet inclusus, nomine ad astra volans.

Entre las muchas y ricas alhajas que posee esta catedral, sobresale una lámpara de 600 marcos de plata, hecha en Génova y magníficamente cincelada, dada



de su obispo don Bartolomé García Gimenez. Difícil nos sería, ó mas bien imposible, enumerar sus ricos y variados adornos, sus ornamentos sacerdotales y sus preciosos vasos sagrados; la piedad de aquellos pueblos y la liberalidad de sus prelados han acumulado durante tres siglos en aquel sagrado y magestuoso recinto una riqueza que deslumbra al viajero y le revela el lustre y la importancia de aquella antigua diócesis.

Venerábase entre sus reliquias el cráneo de San Joaquín, dádiva memorable de su obispo don Fr. Francisco de Sosa en 1613.

Bajo la bóveda plana de la sacristía de la iglesia, que es de una grande estension, se halla el panteón de los señores obispos, construido en un estilo sencillo y severo, siendo admirable el artificio con que se ha fabricado su cielo raso, el cual estando contiguo á los muros exteriores, no tiene contraresto para el empuje de las bóvedas; pero en cambio está buscada la solidez por medio de grandes cargas sobre los machones, segun el uso de la construcción gótica.

La piedra con que se ha levantado el edificio es de un azul hermoso, que con el tiempo se oscurece, y está



VISTA DE LA FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS EN LA GRAN CANARIA.

sacada de las canteras de la isla que la suministran en abundancia.

En otro tiempo celebrábanse en esta catedral los divinos oficios con la mayor magnificencia y suntuosidad, teniendo un clero numeroso y una capilla de música escogida; pero despues de la inconsiderada division de la diócesis, verificada en 1819 por influjo de un confesor de Fernando VII natural de Tenerife, y de la supresion mas reciente de los diezmos, han desaparecido sus brillantes funciones y la miseria ha reemplazado á la fastuosa abundancia de que disfrutaban su cabildo y sus numerosos dependientes.

Concluimos este artículo añadiendo que para la instruccion de los jóvenes que siguen la carrera eclesiástica hay en las Palmas un seminario conciliar en el colegio que fué de jesuitas, y el cual ha sido desde el si-

glo pasado el único santuario de las ciencias en aquella provincia.

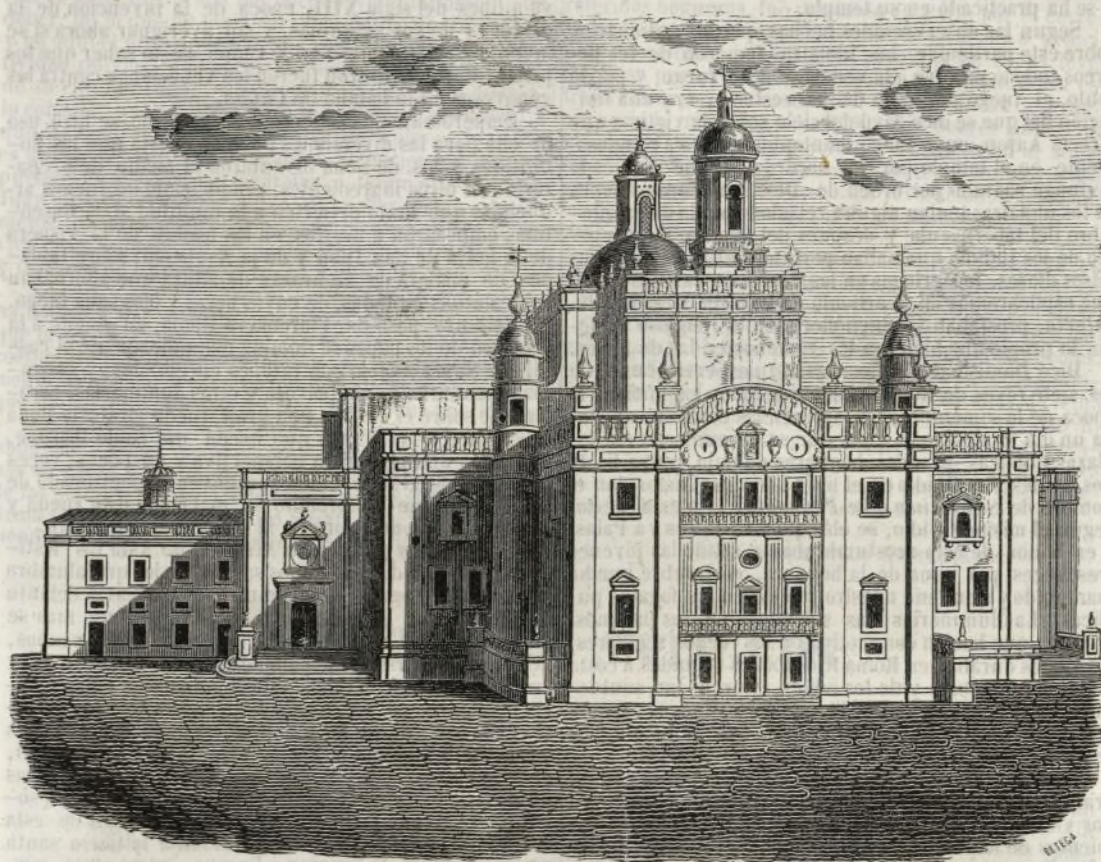
Fundóse este seminario á consecuencia de la supresion de una universidad establecida en el convento Agustino de la ciudad de la Laguna, cuya universidad que desde su instalacion habia encontrado una oposición tenaz en los demas conventos y aun en el cabildo eclesiástico, fué del todo suprimida por real cédula de Fernando VI, expedida en el Buen Retiro á 4 de diciembre de 1747, y por la cual se mandaba, ademas de la supresion, se erigiese en la ciudad de las Palmas, capital de la provincia, un seminario conciliar que llenase el objeto de aquel establecimiento.

En este seminario, pues, es donde han recibido una educacion esmerada todos los que han honrado y honran en el día á las Canarias con sus talentos, no siendo



exagerado asegurar que entonces se recibía en sus aulas una instrucción superior á la que podían ofrecer las universidades de España; pues si bien en aquel país se había llegado á introducir desde el siglo XVII el tribunal de la inquisición, su vigilancia no era tan escisiva que no permitiese comentar en sus cátedras muchos autores justamente célebres que en la península eran

desechados con horror fanático. Esta indulgencia protegida al mismo tiempo por algunos obispos ilustrados, entre los que podemos contar al ilustrísimo Tavira, favoreció en gran manera el desarrollo de la inteligencia en aquel privilegiado suelo, contribuyendo de este modo á dar hombres eminentes á la iglesia, á las letras y al estado.



VISTA TRASERA DE LA CATEDRAL DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS EN LA GRAN CANARIA.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.



De las luminarias públicas, de las fogatas, de las noches de San Juan y San Pedro y víspera de santos patrones de los pueblos, y del origen de los fuegos artificiales.

El uso de encender luminarias con motivo de devoción y de regocijo público, se remonta á la mas alta antigüedad, y era en los primitivos tiempos mas bien un objeto religioso que profano.

Como no es nuestro objeto en este artículo escribir la historia de las luminarias en general, si no decir algo del origen de esas fogatas que todavia vemos á las puertas de los santuarios de muchos pueblos de España en las vísperas de las festividades de sus santos titulares y de los santos apóstoles, nos limitaremos por hoy á las luminarias de carácter puramente religioso, dejando para otro artículo el hablar de las otras iluminaciones inven-

tadas por el entusiasmo para balagar el orgullo humano.

El fuego en los tiempos antiguos era ó un simbolo de respeto ó un instrumento de terror, y de ambos casos se sirvió Dios para manifestarse á los hombres, como puede verse por la Escritura. Los libios y los persas adoraron al fuego como á un dios. Los discípulos de Platon le confundían con el cielo y le consideraban como la divina inteligencia; y no han faltado principes idólatras que le tuviesen por el simbolo de su magestad. La Escritura nos dice, que al marchar Dios con su pueblo, por decirlo así, se hacia preceder de una columna de fuego, y los reyes del Asia, si se da crédito al dicho de Herodoto, llevaban delante de si un brasero encendido, á fin de mantener la credulidad del vulgo que imaginaba que este era un fuego sagrado que descendía del cielo para favorecer á sus señores. Dice Quinto Curcio, que no solo se llevaba el fuego sagrado delante de los reyes, sino tambien á la cabeza de los ejércitos, lo que se efectuaba en altarcitos de plata conducido en medio de los magos que iban entonando los cánticos religiosos nacionales para entusiasmar á los soldados.



Entre los romanos fué también el fuego un signo de magestad, y si lo emplearon en las fiestas públicas fué mas bien un instrumento que servia para las ceremonias religiosas, que una señal de alegría. La costumbre de obsequiar la divinidad por medio del fuego, puede decirse que es tan antigua como el mundo, y que hasta el verdadero Dios la admitió en los sacrificios ofrecidos por los primeros patriarcas, la prescribió en el Levítico y se ha practicado en su templo.

Segun las observaciones hechas por los anticuarios sobre este particular, los idólatras tomaron de los hebreos todo lo relativo á la veneracion del fuego, y por lo tanto el fuego perpétuo de las vestales, era una imitacion del que se dice cayó del cielo sobre la víctima que ofrecia Aaron, cuyo fuego mantenido despues religiosamente en el templo por los sacerdotes, fué calificado de fuego sagrado por orden de Dios. Las iluminaciones de los idólatras tenían alguna relacion con la del candelabro del tabernáculo y despues del templo, y á ejemplo de los judios quemaban perfumes en honor de sus falsos dioses. Los griegos en las fiestas de las lámparas, que explicaremos en el artículo de la fiesta llamada *Candelaria*, prestaban también cierto culto religioso al fuego, lo propio que hicieron los romanos en las de Ceres.

Dice Dionisio de Halicarnasio, que Servio, uno de los siete reyes de Roma, quiso que todos los años en la época de la sementera, consagrasen las ciudades de Italia un dia al descanso, en el que se encendiesen en las plazas públicas grandes hogueras de paja, cuya fiesta nos ha descrito Ovidio en el libro II de sus Fastos, con el nombre de *Sementinæ* ó de *Pagnalia*. En esta fiesta, segun el mismo Ovidio, se obsequiaba á Ceres y á Palas, y en honor de esta acostumbraban á saltar las jóvenes tres veces por cima de la hoguera, costumbre que ha mantenido y mantiene nuestro pueblo en las fogatas públicas. Las luminarias mas solemnes de los paganos, eran las que hacian con motivo de los fuegos seculares, las cuales duraban en Roma tres noches seguidas á costa de los emperadores y de los ediles, y eran tan suntuosas, que dice Capitolino, hablando de los fuegos seculares, celebrados en tiempo de Filipo, que hubo en ellos tres noches en las que no se notaron las tinieblas.

En todos los sacrificios públicos, que por lo comun eran de noche, habia grandes fogatas é iluminaciones, ya por victorias conseguidas, alianzas, matrimonios ó nacimientos de los soberanos, ya con dedicacion particular á los dioses.

La mas solemne luminaria de que se hace mencion en la antigüedad, es segun Tito Livio (Decad. 5. l. 5.) la de *Paulo Emilio*. Este fuego que venció á Perseo, rey de Macedonia, reduciendo sus estados á una provincia romana, dispuso tal luminacion en *Amphipolis*, que solo la decoracion y preparativos duró un año, con lo que asombró á todos los principes de la Grecia, dando gracias, por este medio á los dioses por el auxilio que le habian prestado en sus conquistas.

Los fuegos artificiales de que hicieron uso los romanos en las máquinas de guerra para incendiar las ciudades y embarcaciones, no hallamos sirviesen para las diversiones públicas, como entre nosotros los cohetes y fuegos de pólvora, de suerte que solo usaban la leña, el aceite, y mas comunmente la paja y las teas.

Desde los últimos tiempos del paganismo, hasta los mas modernos siglos del cristianismo, se hicieron y aun hacen luminarias las vísperas de las fiestas de los santos mártires durante la noche para alumbrar sus tumbas; pero las abolió el concilio de Elvira por los abusos que llegaron á introducirse en ellas. La iluminacion de la víspera de San Juan Bautista, es tan antigua como el mismo santo evangelista. San Bernardo dice de ella que usase hacia tan universalmente, que la celebraban en su tiempo hasta los árabes y los turcos.

La iluminacion de las candelas ó sea fiesta llamada asi en la primitiva iglesia, era igual á la de las lámparas que en honor de Ceres hacian los gentiles en las fiestas luparcales, de las que se originaron aquellas. Hasta aqui solo se ven aparecer las luminarias como objeto del culto religioso, aun cuando tomasen en ella placer los hombres; pero cuando se les vé como objeto de pura diversion y solemnidad profana las mas veces, es ya á fines del siglo XIII, época de la invencion de la pólvora y de sus máquinas, y sin averiguar ahora si se inventó en Alemania ó en la China, basta saber que los primeros que la usaron fueron los venecianos contra los genoveses en la batalla de *Chiosa*.

Empero aun descubierta la pólvora, no se hizo uso de ella para las diversiones públicas, hasta que los florentinos y los de Sena inventaron el medio de prepararla con otros ingredientes; produciendo los fuegos artificiales que tanto divierten á la multitud. Los florentinos empezaron á usarlos en las noches de la víspera de la fiesta de San Juan y de la Asuncion; sobre tabladitos de madera de 40 brazas de altura que adornaban con estatuas pintadas, de cuyas bocas y ojos salia fuego.

Este uso pasó de Florencia á Roma, en donde á la creacion de los papas se ilumina magníficamente el castillo de *Santo Angelo* con tazones encendidos, y solemniza con árboles de pólvora y otras luminarias, arrojándose sobre el castillo una gran rueda giratoria llena de cohetes ó voladores que hacen un ruido terrible, formando una magnífica perspectiva y no pocas veces causando desgracias, como sucedió en el pontificado de *Pío VI*, en que se prendió de mal modo esta rueda y ocasionó algun deterioro en la cúpula de San Pedro.

En todos los pueblos de Africa y de Asia las festividades de los idólos, ó de los santos, en los que alumbraba la luz del Evangelio, se solemnizan con fogatas delante de los templos. Entre los pueblos europeos que mas se han distinguido en las luminarias en los siglos medios, debe considerarse principalmente á los mahometanos, y en particular á los árabes, aficionados á estas señales de alegría que entre ellos indican devocion y diversion á la vez. Desde muy antiguo obsequian los árabes á San Juan Bautista la noche víspera de su festividad, encendiendo en las calles de sus poblaciones y á las puertas de sus casas grandes hogueras ó fogaratas, solazándose y cantando á su alrededor. Testigos de esta costumbre los cristianos que fueron á la tierra santa en las cruzadas, la trajeron á Europa, como otros muchos usos musulmanes que aprendieron en la Palestina.

Pero si admitimos que otros pueblos de Europa aprendiesen la costumbre en la época de las cruzadas, creemos que los españoles la practicaban ya de mucho antes, puesto que viéndola en egercicio desde el siglo VIII entre los conquistadores árabes que ocuparon la península por espacio de siete siglos, debieron ser los primeros pueblos de esta region que la imitasen, si es que ya no la conocian. En efecto, como dejamos indicado en nuestro artículo que sobre las verbenas de San Juan y de San Pedro insertamos el año pasado de 1817 en este periódico, los árabes que ocupaban la entonces fortaleza de Madrid, encendian luminarias en tales noches, al paso que los cristianos naturales se dirigian en alegre romería á coger la verbera al templo de Nuestra Señora de Atocha, llegando el caso de ir moros y cristianos reunidos á divertirse, á pesar de las prohibiciones de los gefes de aquellos, como consta del documento árabe que alli citamos.

Por mucho que se haya tratado de oscurecer la verdad por los fanáticos escritores cristianos, la historia ha roto el velo que la cubria, y presentándonos las cosas cual han sido, nos han hecho conocer que muchas de nuestras costumbres son gentílicas y árabes en su ori-



gen, lo que no puede menos de ser así, atendiendo á los muchos siglos que pesaron sobre gran parte de España, las varas de los lictores romanos y la cimitarra musulmana. El pueblo, y mas el español, de natural alegre, aunque grave por otro lado, acoge con avidez cuanto le halaga, sin curarse de su origen, y embriagado en la diversion que un objeto le proporciona, se entusiasma con él hasta que acaba por hacerse voluntariamente un deber, de lo que no tenia carácter alguno de obligación, y he aquí el origen de nuestras alegres fogaratas de festividad religiosa que aplicó el pueblo á las festividades de su culto cristiano, sin advertir, y tal vez sin quererlo conocer, que su origen era muy diverso del objeto á que las dedicaron. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde la invasion agarena, se encienden en los pueblos de España, las fogaratas ó luminarias de San Juan y de San Pedro, á cuyo alrededor bailan alegremente nuestros mancebos, que en algunas partes se divierten en saltarlas á imitacion de los adoradores de Ceres y de Palas de que hemos hecho mencion.

En esta, como en toda costumbre que se generaliza, ha habido y hay diversas prácticas entre los pueblos que la practican. En Francia, por ejemplo, habia en esta costumbre prácticas hasta inhumanas, que afortunadamente ha abolido la ilustracion. Consta auténticamente que en los últimos siglos XVII y XVIII, el corregidor y regidores de algunas ciudades de Francia, estaban obligados á hacer meter en un ceston una ó dos docenas de gatos, y quemarlos en las hogueras ó luminarias de las plazas públicas la noche vispera de San Juan. Confirma tan bárbara costumbre *Saint-Foix*, cuando refiriéndose á ella, manifiesta dijo Luis de Orleans: «que los

eclesiasticos que habian asistido á la pretendida conversion de Enrique IV merecian haber sido atados y colgados por los pies al árbol ó mayo de San Juan, y que este principe debia haber sido encerrado en el ceston en que se ponian á los gatos, lo que hubiera sido un sacrificio agradable y deleitoso á la vista.» La bárbara costumbre de quemar á los gatos del modo espresado y en las referidas hogueras, fué presidida en Paris por el corregidor de los comerciantes, hasta que se abolió á principios del reinado de Luis XIV; pero á pesar de las leyes que hizo promulgar este soberano prohibiendo tan estraña costumbre, se sostuvo en las provincias de Francia hasta la revolucion de 1793. Los pobres gatos, tan venerados entre los egipcios, que condenaban al suplicio al que se atrevia á darles muerte, y por cierto que ganaron mucho con la espresada revolucion, puesto que les libró de las manos de sus despiadados verdugos.

Las humanas los españoles del Pirineo y de la antigua Navarra, se contentaron con atar á la cola de los gatos, un encerro ó lata de fierro y soltarlos por las calles para d vertirse con sus carreras la gente vulgar.

Las luminarias de las verbenas es verdad que han solido causar algunos males locales en nuestros pueblos, y que han sido causa alguna vez de escenas desagradables; pero por lo general ha reinado en ellas, y reina la diversion y el placer, sin que la turbe la maldad ni el mal humor. La ilustracion del presente siglo va acabando con las luminarias así como con otras costumbres contrarias al buen sentido, y es de presumir que leguemos pocas de ellas á nuestros hijos.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

## CARACTERES ANTIGUOS.

### EL ESTUDIANTE.

Suponemos que no desagradará á nuestros lectores que les demos una breve noticia de algunos de los tipos antiguos, como complemento de los estudios de costumbres que estamos publicando, debidos á la pluma de nuestro colaborador el señor don Basilio Sebastian Castellanos. Por hoy hemos elegido el Estudiante, cuyo carácter que no deja de ofrecer originalidad y del que apenas hoy podemos formar una idea respecto á su existencia pasada: tales son las diferencias que los progresos de la civilizacion han introducido. Acompaña al artículo un escelente grabado que representa su pintoresco traje.

En la edad media los estudiantes de Paris, á manera de los de Alemania de nuestros dias, componian un cuerpo muy numeroso, hablador y turbulento en demasia, que no dejaba de tener su influencia política. En tiempo de Carlos VI de Francia, habia en Paris mas de treinta mil estudiantes, que si bien es verdad que no pensaban en formar congresos, como los alemanes de ahora, escuchados con sus privilegios, turbaban frecuentemente la paz é inquietaban á los buenos ciudadanos. Aficionados al vino y á la disipacion, celosos y penden- ciosos, se entregaban á toda clase de desórdenes, sien-

do el lugar preferido para sus reuniones el prado de San German, llamado entonces *el Prado de los clérigos*. Allí se solazaban y divertian á espensas de los pobres campesinos, eterno blanco de sus sarcasmos, y alli cometian toda clase de excesos, dando rienda suelta á su natural travieso y camorrista. Un cronista del siglo XIV, dice de los estudiantes: «Están enteramente dados á la glotonería y á la lujuria. ¿Qué mas diré sin derramar lágrimas? Sépase en una palabra que mas aficionados son á contemplar las bellezas de las muchachas, que las bellezas de Ciceron y de Aristóteles.»

Llevaban un traje particular compuesto de una especie de sotana larga que levantaban y recogian por detras para poder andar con mas desembarazo. Los dias de travesura iban vestidos de caballeros para escapar mejor á la venganza de los pobres habitantes que molestaban de continuo con sus bromas. Su turbulencia era imponderable, y hasta reunidos en grandes grupos, hacian cara y sostenian refriegas con los arqueros, sargentos de policia, y toda clase de fuerza armada; incendiaban las casas y derribaban los cercados de los jardines: que invadian y devastaban como verdaderos vándalos. Cuando atacaban alguna abadía, su primer cuidado era visitar la bodega, y no obstante los lamentos, suplicas y escomuniones del superior, apuraban el mejor vino del uso de los monges. Un escritor francés asegura, (y á la verdad parece imposible en aquellos tiempos) que una mañana fueron al monasterio de San German, se vistieron el traje y ornamentos sacerdotales, y unos por burla cantaron maitines mientras otros ju-



gaban á los dados delante del altar mayor diciendo mil blasfemias.

Los estudiantes clérigos de la Basoche, representaban públicamente, misterios, farsas y comedias, en que no respetaban ni á la nobleza, ni á las señoras de

la corte, ni á los príncipes, á quienes ridiculizaban con maligno talento, y el pueblo los aplaudia; lo que fué causa de que prohibiese el parlamento la representación de dichas comedias, sobre todo, aquellas en que se hacía mérito de personas de categoría.



En España los estudiantes de Salamanca gozaban tantos privilegios, ó acaso mas que los de la universidad de París; todos estaban esentos del servicio militar; nadie tenía facultad para prenderlos, y cuando viajaban por las provincias, la muchedumbre les llamaba *señores estudiantes*. Debemos decir en honor de la verdad, que no abusaron como los de Francia de su posición, pues aparte el relato de las travesuras propias de gente jo-

ven, de tal cual duelo por amores, y de las caravanas con la guitarra y pandereta, de que todavía se conservan restos muy degenerados, nada hallamos en nuestros escritores respecto á los estudiantes de Salamanca mas que elogios á los muchos y muy ilustrados varones que cursaron las aulas de aquella famosa universidad, envidia de toda Europa y cuya enseñanza ha llegado á ser proverbial.